

ACTAS

ACTAS

ACTAS

PRIMER
CONGRESO
DE HISTORIA
DE ZAMORA

TOMO 2

PREHISTORIA - MUNDO ANTIGUO

PRIMER CONGRESO DE HISTORIA
DE ZAMORA

PRIMER CONGRESO DE HISTORIA
DE ZAMORA

TOMO II


PREHISTORIA E HISTORIA ANTIGUA

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS «FLORIAN DE OCAMPO»
DIPUTACION DE ZAMORA

1990

ISBN: 84-86873-13-4. Obra Completa
ISBN: 84-86873-14-2. Tomo II
Depósito Legal: S. 733 - 1989

Fotocomposición:

 Fotocomposición Láser, s.l. Ronda del Corpus, 38
Teléf. 21 15 43 - Fax 27 07 33 - 37002 Salamanca

Imprime:

HERALDO DE ZAMORA
Santa Clara, 25
Teléf. 53 17 22 - Zamora

HISTORIA ANTIGUA

PONENCIAS

Una conjetura sobre la iglesia visigoda de San Pedro de la Nave (prov. de Zamora)

Luis Caballero Zoreda
Museo Arqueológico Nacional

Recientes estudios mantienen la atención sobre la iglesia visigoda de San Pedro de la Nave. Corzo supone, desarrollando la opinión de Gómez Moreno, que la iglesia actual es el resultado de tres iglesias visigodas que, consecutivamente, se sustituyeron o se reformaron muy profundamente, unido a una reforma mozárabe y a la labor de «síntesis» que supuso su traslado y restauración en 1930.

El estudio de este autor supone un profundo análisis de las características de tan importante edificio que hoy podemos conocer mucho mejor y hasta sus últimos detalles gracias a él. Pero discrepo en la valoración que da a su evolución cronológica y estilística. No puedo entrar en todos y cada uno de sus argumentos, pero sí en los suficientes para, al menos, plantear una hipótesis distinta a la conclusión a la que él llega.

La hipótesis que intento defender aquí es la de que, aunque a primera vista los dos «maestros» de La Nave tienden a hacer pensar en dos etapas constructivas distintas, la iglesia es unitaria en todos los sentidos y a su vez forma parte de un modo armónico del sistema de iglesias visigodas. La propuesta de Corzo, desde mi punto de vista y como intento demostrar, es muy atractiva, pero no comprueba suficientemente ni las dos o tres fases constructivas ni las soluciones que componen cada una de ellas.

Mi hipótesis sigue la de Camps Cazorla (1963) de cuyas ideas sobre La Nave en gran parte me siento deudor. A nivel de conclusión estoy de acuerdo con la crítica que hace a la hipótesis de dos etapas constructivas (p. 634, nota 46. Allí se puede ver también, expuesto por vía de crítica, el meollo muy resumido de la hipótesis seguida por Corzo).

Separo primero el tema referente a una posible iglesia previa, para pasar a continuación al de la iglesia llegada a nosotros en pie. Siempre que sea posible preferiré citar referencias e imágenes recogidas en el trabajo de Corzo, por razones obvias.

1. UNA SUPUESTA IGLESIA PREVIA. Impostas sueltas, pies de altares y tamaño del santuario (Corzo, p. 141).

Las «impostas de tipo visigodo clásico» (cinco fragmentos pertenecientes a cuatro piezas, Corzo, p. 134, fig. 159), esto es, decoradas con cuadrifolios en red de círculos, y los capiteles

con «hexafolios» (Corzo, p. 135, fig. 160), conservadas todas sueltas, se pueden considerar perfectamente coetáneas al resto de la decoración y especialmente a las piezas del «primer estilo». Los pequeños semicírculos a modo de lúnulas «líneas curvas» o «lengüetas» y el sogueado son como marca de fábrica que ayudan a suponer como más lógico, frente a la idea propuesta por Corzo, la de que esta producción sea coetánea y de la mano del «primer maestro» o del primer taller. Unamos a ello el nexo que suponen, a través de los paralelos aportados, las dobles volutas con el primer estilo (Corzo, figs. 159, 174 y 177).

El único argumento serio que parece oponerse a esta unidad decorativa que proponemos nosotros es el argumento de autoridad de Gómez Moreno. Según Corzo, en las notas del maestro se dice que una de estas piezas apareció en la «séptima hilada de la capilla en el ángulo izquierdo». Justamente la séptima hilada es la del friso decorado. No he podido comprobar allí ningún sillar nuevo que lo hubiera sustituido, pero, aunque difícilmente, pudo aparecer dentro del muro. También pudo ser que la referencia de Gómez Moreno (al parecer no concreta) lo fuera a una pieza de arte indígena de temática parecida a la de éstas y que permitiera la confusión. En cualquier caso y de certificarse este dato, se podría aceptar que en el momento de construirse la iglesia se desechaban estas piezas; lo que sigue sin constituir un argumento positivo a favor de la existencia de una iglesia previa.

La técnica «a inglete» de estas impostas no es algo único (Corzo, p. 141) y tienen paralelo en la propia iglesia. Aparece también en las dovelas del crucero (Corzo, p. 94, fig. 70), coetáneas, al menos, al «primer estilo» según la tesis citada.

La presencia en el ábside de un suelo de pizarra previo al existente en 1930 no parece tampoco argumento a favor de una iglesia previa, pues es más lógico pensar que ese suelo perteneció a los muros en pie, ya que hubiera desaparecido, sino, con los anteriores al desmontarlos. El escalón hubo de colocarse con el nuevo suelo, más alto, en época más moderna, como el propio autor nos dice que opina Camps, testigo de su presencia (Corzo, p. 141) y es lógico suponer que entonces se desmontara también el altar del primer suelo para volver a montarse en el nuevo suelo más alto y moderno.

Finalmente pienso que también se puede dar sin repugnancia como coetáneas a todo el edificio en pie las pilastras de altar. Este tipo de altar sobre cinco pilastras no debemos considerarlo «arcaizante» en época visigoda, sino en pleno uso. Tampoco es incongruente pensar que el escultor del capitel de Abraham representara columnillas como soporte del altar, bien recreando o enriqueciendo el que tenía delante; bien recordando otros coexistentes, vistos en otros lugares.

En este sentido no estoy en absoluto de acuerdo con lo que opina Hoppe (1987, p. 69) de que se trata de un anacronismo. La reforma del ábside meridional en El Gatillo (prov. Cáceres) se hizo en una cronología muy tardía, perfectamente dentro del siglo VII y justamente para colocar en él un altar de cinco pies que son columnillas. El altar antiguo en el ábside principal (probablemente de hacia 500) es de un tipo «cipo» (Caballero, *Propuesta*, pp. 92, 94 y 95). Evidentemente esto no quiere decir que el escultor de este capitel no esté siguiendo modelos antiguos, pero no nos parecen argumentos apropiados los seguidos por ambos autores para concluir lo dicho y por tanto tampoco podemos aceptar la conclusión del anacronismo. Para mí las pilastras del altar, el altar del capitel y la iglesia son perfectamente sincrónicas, nada se opone a ello.

Finalmente tampoco parece que debe considerarse inadecuada la aparente falta de relación entre los tamaños de santuario y altar. Las etapas avanzadas en la evolución de la arquitectura visigoda conducen a altares que ocupan prácticamente todo el ábside-santuario (o al contrario, ábsides tan pequeños que el altar lo ocupa casi todo), incluso sin que se pueda pasar al otro lado de él. Certifican, por ejemplo, que ya se dice la Misa de espaldas al pueblo. Así ocurre tanto en El Gatillo como en El Trampal (prov. Cáceres), ésta última por sus elementos decorativos paralelos, de semejante cronología a La Nave (Caballero, *Arquitectura*, 1987, pp. 68 y 69 y *Propuesta*, planos 66 y 70, pp. 92, 94 y 95). En El Trampal apenas quedan 40 cms. entre el pilar

delantero izquierdo y la pared vecina y todavía es menor la distancia en El Gatillo. Por poco que volara el tablero de la mesa, el espacio libre final sería menor aún. Y en el santuario de La Nave debía haber algo más de espacio libre pues es de tamaño mayor. Esta característica puede encontrarse en otras iglesias coetáneas y posteriores.

Concluyendo. Estos argumentos no me parecen apropiados para asegurar la existencia de una iglesia previa que habría sido derruida para levantar la iglesia hoy en pie. Ante uno de los argumentos utilizados por nuestro autor (el de autoridad de Gómez Moreno) es más lógico buscar otra solución más congruente, ello si damos por segura la noticia. Pero mientras llega esta confirmación y ante el grueso de argumentos es decididamente más lógico suponer impostas y altar coetáneos al edificio en pie y las primeras removidas de su lugar primitivo (muy probablemente la puerta occidental) con la ruina ocurrida al edificio en un momento indeterminado aún, medieval o moderno, y reutilizadas en la reforma que tuvo subsiguiente.

2. LA IGLESIA EN PIE (Corzo, pp. 143-171)

Mucho más compleja es la argumentación seguida para concluir la existencia «en San Pedro de la Nave (de) dos iglesias visigodas distintas, una monacal cruciforme y otra pública basilical, enchufadas por un cambio de dirección en las obras y un cambio de destino, con los que se querían corregir los errores del primer proyecto» (Corzo, p. 196). Por ello va a resultar más arduo resumir observaciones, razones y contrarrazones donde se mezclan las que considero correctas con otras dudosas, probables o contradictorias.

Aunque vamos a ordenar los argumentos por grupos, advertimos que nuestro punto de vista es considerar la unidad del edificio y la relación estrecha que existe entre unos y otros argumentos.

Como es obvio también, nos referimos al edificio visigodo diferenciándolo de los añadidos medievales y modernos: bóvedas en naves; muros altos en pórticos y parte del crucero; y aula de los pies, en la mayoría de sus muros perimetrales, con excepción de las hiladas inferiores, y la mayoría de los elementos de sus arcadas, pero no en toda su integridad.

2.1. *Unidad de medida, módulo y proyecto arquitectónico.*

Un grupo de argumentos hace referencia a las medidas y al proyecto arquitectónico y a su realización. Nuestro autor supone una unidad de medida de 80 cms. justos, precursora de las modernas varas castellana y aragonesa. Incluso se aportan buen número de precedentes españoles paleocristianos y paralelos visigodos, supuestos, que no se llegan a analizar en profundidad (Corzo, pp. 149-154).

Es evidente lo atractivo que puede ser considerar el grueso de muro igual a la unidad de medida y más cuando con la unidad así conseguida se cree medir algunas de las dimensiones del edificio y de otros edificios paleocristianos y visigodos. Sin embargo un edificio forma un sistema y por ello si se quiere conocer el verdadero valor de la unidad de medida, se debe comprobar en todas y cada una de las dimensiones del edificio o de los edificios en que se suponga.

Por ello, en el caso de La Nave, utilicé los valores métricos que conocía de sus dimensiones y que obtuve en una toma de medidas realizada en el año 1973 junto con José Ignacio Latorre Macarrón.

He intentado primero confirmar sobre ella la validez de la unidad propuesta de 80 cm., sin conseguirlo. Por de pronto los muros dan valores para sus gruesos variables entre 79 y 81 cm. Sí encontré, en cambio, una unidad de aproximadamente 48,65 cm. (V. cuadros I y II para la obtención de su valor estadístico). Su distribución en el plano del edificio lo enlaza con un múltiplo suyo, en una relación similar a la existente entre el *cubitus* y el *gradus* en el sistema de medidas romanos (V. plano 2).

El grueso de muro equivale así a un *gradus* de casi exactamente 81 cm., equivalente a su vez a un *cubitus* y dos tercios. Este valor es muy cercano al de la vara propuesta de 80 cm. y quizás

ello explique las medidas que se querían conseguir con ella. Con la diferencia de que con la unidad conseguida por nosotros se puede dimensionar el edificio tanto a la larga como a través. Y esto es más congruente, que el edificio visigodo mantenga las normas romanas aún (sino es que el sistema de medidas también es romano) más que se adelante a su tiempo con una vara moderna.

Los valores de estas unidades coinciden con los del sistema estudiado por mí para las iglesias de Melque, La Mata y Bande, coincidiendo casi al milímetro con los de las últimas dos iglesias. Conjeturamos por lo tanto que estamos ante un ejemplo más perteneciente a un sistema de medidas de época visigoda (V. cuadro II).

Se mantiene la ligera diferencia de las unidades de Melque, que ya hicimos notar en su momento (48,56; 48,59 y 48,65 cms. frente a 49,84, diferencia media de +1,24 cm. Caballero, 1980, pp. 686 ss.). Por información verbal de Javier Cortés podemos adelantar aquí que quizás este sistema tenga precedentes tardorromanos pues parece encontrarse un pie de entre 32,5 y 33 cms. en la arquería de ladrillos de la villa de La Olmeda (prov. Palencia): valor del pie para La Nave, 32,43; para Melque, 33,23; valor medio de ambos, 32,61 cm. También parece medirse con este sistema el edificio de época visigoda de Plá de Nadal (prov. Valencia), según se deduce de las dimensiones que nos proporcionaron oralmente Ignacio Pastor y Empar Juan, a quienes agradecemos también la noticia.

Las unidades de medida propuestas por mí explican de por sí la supuesta incorrección de la planta de la iglesia, o sea específicamente la planta rectangular del crucero. Sus dos dimensiones distintas se miden en *cubiti* ($6\frac{2}{3}\times 7$) y en *gradus* ($4\times 4\frac{1}{5}$), haciéndolo en la dirección longitudinal en *gradus* enteros (4) y en la transversal en *cubiti* enteros (7). Efectivamente, toda la iglesia se mide en ambas unidades (como es lógico esperar en un edificio dimensionado de acuerdo con el sistema de medidas romano), aunque los valores de las dimensiones longitudinales básicamente se miden en *gradus* enteros y las de las transversales en *cubiti* (cuadro I y fig. 2). Lógicamente el primer grupo de ellas era el que parecía asimilarse a la unidad de 80 cm. y ahí es donde reside el fallo de una de las hipótesis a demostrar por Corzo.

Podemos también conjeturar que el edificio se hubiese trazado en *semisses*, ya que el *semis* es divisor común del *gradus* del que es un quinto y del *cubitus*, del que es un tercio (cuadro III). Su valor es de 16,22 cm. en La Nave, demasiado pequeño para tenerlo en cuenta como «unidad de uso» arquitectónica. En *semisses* las dimensiones del crucero equivalen a 20×21 unidades.

Las dimensiones se agrupan en valores de dos o cuatro *gradus* (o de $3\frac{1}{3}$ ó $6\frac{2}{3}$ *cubiti*) y de 5 ó 10 *cubiti* (o sea 3 ó 6 *gradus*). Se trata del módulo, en este caso, conjeturo, doble, bien se trate de definir en el proyecto una dimensión longitudinal o transversal (fig. 2). Ambos valores se relacionan proporcionalmente entre sí (figs. 2 y 3 y cuadro IV), de tal modo que me parece muy probable que la relación métrica entre ambas se ha usado como base de la proporción arquitectónica, según se ve gráficamente en el esquema del plano 3 ($\sqrt{2}$, «diagon», V. Kurent, 1977, p. 30, fig. 2). El valor de M_{4G} («módulo mayor» de cuatro *gradus*) equivale a una de las series básicas del sistema romano: un *decempeda* = dos *passus* = cuatro *gradus* = ocho *palmipedes* = diez *pedes*... No creo tampoco casual esta elección (a título de conjetura) con la que quizás se haya pretendido simbolizar la unidad de todas las medidas en el espacio sagrado.

Las dimensiones extremas del edificio hoy día equivalen a $21\frac{3}{5}\times 26$ *gradus* ó $36\times 43\frac{1}{3}$ *cubiti*. Podría verse en ellas una proporción cercana a la del «quadrigon» ($1,203 \approx 1,207 = 1+\sqrt{2}$, coherentemente dentro de las series de $\sqrt{2}$). Sin embargo, si suponemos un pórtico perdido de salida similar a la del ábside, de aproximadamente ocho *cubiti*, podemos cerrar el trazado proporcional y suponer una proporción final de 36×51 *cubiti*, equivalente a $\sqrt{2}$ (V. cuadro IV). Esta conjetura, por hoy imposible de confirmar, se acerca mucho a la comprobada para Melque (40×61) y a las propuestas para La Mata y Bande (36×50 y 40×60 . Caballero, 1980, pp. 458-459; 531-532 y 573).

CUADRO I. DIMENSIONES DE SAN PEDRO DE LA NAVE Y SU DISTRIBUCION
SEGUN EL «CUBITUS» Y EL «GRADUS»

UBICACIÓN	Valor en cms.	Número de «cubiti»	Número de «gradus»	Valor de la unidad «cubitus»
<i>A) Eje longitudinal exterior</i>				
1. Total	2102	43 1/3	26	48,51
2. Abside (con contrafuerte)	404	8 1/3	5	48,48
3. Habitación (con contrafuerte)	484,5	10	6	48,45
4. Crucero	486,5	10	6	48,65
5. Nave (con contrafuerte)	728	15	9	48,53
<i>B) Eje longitudinal interior</i>				
1. Total	2103	43 1/3	26	48,53
2. Abside (con muros)	482	10	6	48,2
3. Abside (sin muros)	325	6 2/3	4	48,75
4. Anteábside	495	10	6	49,5
5. Crucero (con muros)	481	10	6	48,1
6. Crucero (sin muros)	323	6 2/3	4	48,45
7. Nave	646	13 1/3	8	48,45
<i>C) Eje transversal exterior</i>				
1. Total	1760	36	21 3/5	48,89
2. Nave de pies	1085	22	13 1/5	49,32
3. Pórtico (con contrafuerte)	337,5	7	4 1/5	48,21
4. Habitación (con contrafuerte)	311	6 1/2	3 9/10	47,85
5. Abside	466	9 1/2	5 7/10	49,05
<i>D) Eje transversal interior</i>				
1. Total (aproximada)	1760	36	21 3/5	48,49
2. Pórtico (con muros)	419	8 1/2	5 1/10	49,29
3. Nave de crucero (sin pórticos)	927	19	11 2/5	48,79
4. Tramos laterales de crucero	291	6	3 3/5	48,5
5. Tramo central de crucero	345	7	4 1/5	49,28
6. Pórtico (sin muros)	259	5 1/3	3 1/5	48,56
7. Pórtico (con muro exterior)	340	7	4 1/5	48,57
8. Abside	305	6 1/4	3 3/4	48,8
9. Habitación	209	4 1/3	2 3/5	48,23
<i>E) Grosor de muros</i>				
1. Media de los medidos	79,43	1 2/3	1	47,66
<i>F) Valor medio de la unidad</i>				
(sin incluir E.1, media de muros)				48,65

CUADRO II. UNIDADES CONOCIDAS DEL SISTEMA VISIGODO DE MEDIDAS DE SUPERFICIE. SU RELACION CON LAS ROMANAS

	Romanas	Melque	La Nave	La Mata	Bande	Valores medios visigodos
Gradus	73,90	(83,07)	81,08	(80,98)	(80,92)	81,52
Cubitus	44,39	49,84	48,65	(48,59)	(48,56)	48,91
Palmites	36,97	(41,53)	(40,54)	40,49	(40,46)	40,76
Deunx	27,39	(30,46)	(29,73)	(26,69)	29,67	29,89

(Entre paréntesis los valores extrapolados a partir de los conseguidos por media matemática)

CUADRO III. PRINCIPALES DIMENSIONES DE LA NAVE SEGUN SUS VALORES EN SEMISSES, CUBITI Y GRADUS

Semisess	Cubiti	Gradus	
1	1/3	1/5	
3	1	3/5	
5	1 2/3	1	grueso de muro
9	3	1 4/5	
10	3 1/3	2	
15	5	3	
20	6 2/3	4	módulo, ábside, anteábside...
21	7	4 1/5	
25	8 1/3	5	
30	10	6	módulo
42 1/2	14 1/6	8 1/2	
45	15	9	
50	16 2/3	10	
60	20	12	
108	36	21 3/5	Transversal total
153	51	30 3/5	Longitudinal conjeturada

CUADRO IV. SERIES PROPORCIONALES. $\sqrt{2} = 1,4142\dots$

En cubiti:

4 1/2 (1,41) 6 1/3 (1,42) 9 (1,41) 12 2/3 (1,42) 18 (1,41) 25 2/5 (1,42) 36 (1,42) 51*

En gradus:

2 3/4 (1,38) 3 4/5 (1,42) 7 2/5 (1,37) 10 4/5 (1,42) 15 1/3 (1,41) 21 3/5 (1,42) 30 3/5*

Otra en cubiti:

5 (1,4) 7 (1,43) 10 (1,5) 15 (1,47) 22 (1,39) 30 1/2 (1,41) 43 (1,40) 60

* Valor para pórtico conjetural, 8 cubiti, aproximado al valor del ábside.

Así y sin proponérmelo, se abre de nuevo la discusión sobre la existencia o no de pórtico a los pies de esta iglesia. Camps (1963, p. 633, notas 37 y 38) dudaba de su existencia. A pesar de que la puerta oeste es de ancho similar a las que abren desde las naves de crucero a sus portales laterales, se le impone la realidad de la excavación (parece que al menos observada por él; pero no sabemos con qué garantías de realización) con la que no se encontraron los cimientos del buscado pórtico. Todo ello, y mi conjetura, no es demostrable por hoy y sólo análisis complementarios como el que hemos efectuado pueden orientarnos en una mejor comprensión de lo llegado a nosotros.

Pero en cualquier caso no debemos olvidar que lo que dejó dicho hasta aquí es una conjetura hasta cierto punto, que merece más exacta comprobación y específicamente comprobar si se verifica en los alzados del edificio.

2.2. *Irregularidades de medidas en la planta de la iglesia. El crucero rectangular.*

El estudio de la unidad de medida, módulo y proporción ya me obligó a referirme a características de la planta de la iglesia, como a la supuesta irregularidad de su crucero rectangular. Esta sospecha ya la inicia Gómez Moreno en 1927: «El cuadrado central, *que no es perfecto*, midiendo 3,20×3,45» (p. 63). Corzo la remata explicando (pp. 22, 77, 85, 91, 147, 171 y 195) que la obra fue dirigida por un cantero y no por un arquitecto, lo que provocó defectos en el corte o en las dimensiones de las piedras, a pie de cantera, que no se observaron hasta que la construcción de la iglesia estaba muy avanzada y cuando ya no era posible solucionar la irregularidad provocada.

Parece de por sí muy dudosa esta hipótesis, cuando lo lógico es que en una obra de esta envergadura se comprueben sistemáticamente y desde el principio las medidas. Un error de sobre 20 cm. no podía pasarle desapercibido, ya desde el mismo momento de abrir los cimientos, a un maestro de obras o a un cantero acostumbrado al funcionamiento de la piedra. Ni tampoco podía pasar por alto, una vez comprobada la irregularidad, sus seguras consecuencias. Lo lógico hubiera sido corregir de inmediato sin esperar a hacer más difícil o imposible la corrección una vez levantadas media docena de hiladas.

Pero ese es un argumento secundario. Vamos a los principales. Primero, no he podido comprobar la separación de 10 ó 15 cm. del muro norte de la nave longitudinal respecto al eje (!) del edificio; ni tampoco la leve desviación correctiva de los muros de la misma nave. No los observamos en 1973; pero tampoco los he observado ahora, aunque me he acercado a la iglesia con este propósito: sólo he podido constatar el perfecto y regular trazado de su nave.

2.3. *El sistema constructivo del crucero, explicación de su planta rectangular.*

En segundo lugar. La supuesta irregularidad en las medidas del crucero, o sea, su planta rectangular y no cuadrada (3,20×3,45 para Gómez Moreno; 3,20×3,40 para Corzo; 3,23×3,45 para José Ignacio Latorre y para mí) no es un hecho único y se repite de modo parecido en La Mata (3,57 en anteábside; 4,05 en naves de crucero; 2,53 en nave de pies), en El Trampal (2×2,60 en los tramos de cimborrio laterales y 2,20×2,60 en el tramo central) y en Quintanilla de las Viñas (3,80×3,95 aproximadamente). La repetición de una irregularidad (si es que lo fueron alguna vez) la convierte en norma y en ley.

Ya sólo ante este argumento podemos preguntarnos si en La Nave no ocurre al revés de lo que dice la propuesta que seguimos: las columnas, las impostas voladas y sus arcos no son consecuencia de una irregularidad; no son un intento de arreglar una incorrección, sino, al contrario, la planta ligeramente rectangular está buscada a propósito para poder colocar esos elementos que subrayan, con una intención estética (y no técnica) las partes arquitectónicas, sus volúmenes y los elementos decorados que contienen en más alto grado los valores programáticos del edificio. Voy a intentar demostrar esta conjetura.

La solución de volar un arco fuera de su arranque constructivo de jamba es muy corriente en la arquitectura visigoda. El arco de herradura posibilita su realización técnica al funcionar

como medio punto, con lo que el vuelo del peralte no necesita en realidad apoyo. El constructor visigodo juega con esta característica que extrema lo que puede. Por una parte vuela el salmer y la primera dovella lo que le permite el atizonado. Por otra, utiliza la pieza de imposta como vuelo de una aproximación de hiladas. En este sentido, las columnas de los arcos de triunfo (o de la entrada a los ábsides) por ejemplo de Quintanilla y de La Nave (por no ser exhaustivos) son falsas, son sólo decorativas, no son necesarias constructivamente. Si las removemos de su sitio el arco no se hunde (ahí está el arco de triunfo de Melque, con sus columnas robadas y el arco no se ha hundido).

Lo mismo ocurre con los arcos transversales del crucero de La Nave. Sus columnas tiene este mismo fin; su intención es *sólo* decorativa, no constructiva. Por eso no debe extrañarnos que esas columnas lleven tan rica decoración, pues técnicamente responden a esa función. Organo y función están aquí, a mi modo de ver, estrechamente unidos. Por eso digo que los cuatro arcos, de planta cuadrada, hubieran funcionado de hecho igual sobre la planta rectangular sin las columnas decoradas. Las columnas decoradas no se necesitan constructivamente. Pero lo contrario sí es necesario: si queremos colocar las columnas sólo en los arcos transversales y que los cuatro arcos sean iguales, necesitamos obligadamente hacer la planta del crucero rectangular.

Camps ya se dio buena cuenta de este funcionamiento. Ofreció otro paralelo de este aparentemente anómalo «sistema de disponer las columnas arrimadas al muro» (1963, p. 634, nota 46), el del testero de las arquerías de San Juan de Baños. Y por otra parte observa que tipológicamente las columnas aisladas de los muros son «sistema normal» en Baños, Bande y La Nave (1963, pp. 644-645).

Pero hoy tenemos otro paralelo, ya comenzado a estudiar por mí (Propuesta, 1987, pp. 76-78), el de Santa Lucía de El Trampal. Supone una variante más en esta serie, o sea, una solución dentro de la misma idea, aunque, lógicamente, no exactamente igual. Los problemas de partida eran los mismos. Un espacio ligeramente rectangular y una intención de subrayado efectista. Ambos se solucionan por medio de columnas exentas, impostas y arranques volados de arcos.

El Trampal se diferencia en que el eje resaltado es el transversal, el del crucero, en vez del longitudinal; que emplea además el recurso de superponer sendas molduras de imposta, colocadas una longitudinal y otra transversalmente y que, en ocasiones, un sólo sillar actúa como salmer de ambos arcos y para eso se ha tallado en él (o en ellos) la forma de los dos salmeres, presentando una faja lateral, perteneciente al trasdós volado del arco fajón. Como de hecho existen tres anchos distintos de nave (ábsides laterales; ábside central; y nave de crucero) las soluciones no son iguales en los cruces laterales que en el central.

No vamos a seguir desarrollando aquí este argumento. Para ello presentamos el cuadro V donde sintetizamos estas características de las iglesias de Bande, La Nave, Alcuéscar y Melque. El cuadro expone suficientemente mi conjetura y con claridad (V. también Caballero, Propuesta, 1987, pp. 76-77 y Arquitectura, 1987, pp. 55-57).

La presencia de soportes distintos del muro y resaltados o aislados de él (desencadenante de carácter estético) fuerza una serie de soluciones técnicas y, en todos los casos, el vuelo del arranque del arco y consiguientemente de su imposta. Unidas íntimamente a este caso general aparecen distintas variantes técnicas: las plantas rectangulares; el desalienado del arco respecto al muro de su dirección (La Nave; por cierto no documentado debidamente en las plantas de Camps, 1963, fig. 344; Mateos y Esteban, sección AB y Corzo, XI, y otros, como consecuencia de su no comprensión adecuada); o las dobles líneas de imposta (Alcuéscar; también Pla de Nadal).

Esta conjetura, para mí, no sólo explica la aparente anomalía de La Nave; también «tipologiza» las características de los cruceros visigodos (cuidado: sin que por ello debamos sentirnos atraídos a concluir una cronología relativa); también relaciona entre sí series conceptuales que considerábamos aisladas y que se nos aparecen ahora como un entramado, una estructura o un sistema, complejo pero único, tanto para cada iglesia aislada, como para el sistema que forman el grupo de iglesias consideradas.

CUADRO V. CARACTERES DE LOS CRUCEROS DE LAS IGLESIAS VISIGODAS

	Planta de crucero	Salmeres	Los arcos son	Arranque de los arcos en relación con sus líneas de muro	Impostas voladas de la línea de sus muros	Soportes	Variantes
BANDE	Cuadrado	A inglete	Iguales	No vuelan	No	Los muros	
LA NAVE	Rectangular	A inglete	Iguales	Vuelan en los dos transversales	En los dos arcos transversales	Columnas en los dos arcos transversales. Muro en los dos arcos longitudinales	Arcos longitudinales desalineados de los muros de su misma dirección
EL TRAMPAL	Rectangulares	Talla falsa	Distintos	Vuelan en los dos longitudinales	En los tres o en los cuatro arcos	Columnas en los dos arcos longitudinales Semicolumnas en los dos arcos transversales	Dos alturas de imposta
MELQUE	Cuadrado	Talla normal o a inglete	Iguales	Vuelan en los cuatro arcos	En los cuatro arcos	Pilares semicilíndricos en los cuatro arcos	

Concluyendo, Columnas exentas, arcos resaltados y desalienados y plantas rectangulares y supuestas irregularidades en las medidas, suponen un sistema arquitectónico orientado a resolver un problema estético (el de colocar unas columnas decoradas) que necesita subrayar unos elementos (esas columnas y sus capiteles) dentro de una unidad orgánica básica. No hace falta recurrir a una explicación mucho más complicada y sin consistencia que necesita romper la red de relaciones (diríamos tradicionalmente «de paralelos») que forma el sistema del edificio y que precisa explicar cada elemento o cada problema aislado y linealmente. Con unos argumentos que, para aceptarlos, nos obliga a olvidar los paralelos que ofrecen los sistemas constructivos coetáneos.

Esta solución consigue una riqueza de matices volumétricos, arquitectónicos y escultóricos, de profunda raíz estética: rompe la monotonía de las paredes, consigue la sensación de mayor espacio; subraya los elementos arquitectónicos y los potencia; señala los elementos decorados y consigue más espacio para la escultura. No es una casualidad que el «segundo» repertorio escultórico aparezca en una arquitectura como La Nave (lo mismo ocurre en Quintanilla).

2.4. *El muro que separa el crucero del aula de los pies.*

Pero los paralelos entre estas iglesias no se limitan a los elementos del crucero. Las iglesias de El Trampal y de Quintanilla (y en cierta forma de La Mata) tienen, como La Nave, un aula a sus pies netamente separada y diferenciada del crucero y la cabecera. Creo que no es necesario recurrir a una segunda iglesia para explicar este elemento que no es, ni mucho menos, extraño a la arquitectura española de este momento.

Es curioso (y lógico!) que tanto el autor que recensionamos como yo mismo hallamos empleado, sin saberlo mutuamente, el mismo adjetivo, «enchufado», para definir la relación que existe entre este elemento de los pies y la cabecera respectivamente en las iglesias de La Nave y El Trampal (Corzo, p. 196; Caballero, Propuesta, p. 76). Conjeturo que ocurre igual que con el elemento estudiado en el punto anterior. Esta sensación de dos elementos «enchufados» es regla normal a estas iglesias, no algo conseguido accidentalmente. Debemos aceptar que forma parte de la unidad de la iglesia apoyándonos en los paralelos coetáneos (y mientras no tengamos un argumento positivo y demostrado que nos indique lo contrario). Tenemos además los precedentes del oriente del Mediterráneo, fechados en el s. VI, que ya presentan esta característica de dos elementos «enchufados»: Ctesifonte (Hodding, 1963) y Tur Abdin (Bell, 1983), iglesias monásticas. El Trampal lleva a la exageración esta característica.

Evidentemente, y como ocurría en el caso anterior, los paralelos no pasan de ser tales; no podemos pedir que los edificios sean iguales (al contrario, esta «desigualdad» es una característica que se puede valorar históricamente); sólo se trata de elementos paralelos, no de elementos gemelos. Por eso existen diferencias.

En el caso de La Nave tenemos las ventanas que abren al crucero desde el aula, o que separan ambas zonas. Es un elemento que he utilizado ya para relacionar entre sí estas iglesias (Arquitectura, pp. 38-40 y 70-72; Propuesta, p. 76). Aunque su paralelo más cercano sea el S. Gião de Nazaré, considero que las separaciones de Quintanilla (con un vano central y dos estrechas puertas laterales) y El Trampal (con una habitación estrecha en el centro y las dos puertas laterales del crucero, como La Mata) tenían el mismo valor y uso, constituyendo por lo tanto elementos paralelos aunque no sean estrictamente iguales.

Como en su momento expuse, creo que este elemento, a modo de fachada interior o «lettner», suponía una separación cultural entre el aula y el crucero o la cabecera de la iglesia, al margen de que cada iglesia tuviera separaciones de otro tipo.

2.5. *Las habitaciones delanteras.*

Otro elemento que parece diferenciador en La Nave es el de las habitaciones delanteras laterales, con sus ventanillas o «miraderos» como las llama Gómez Moreno (1927) quien proponía para ellas un uso como «inclusae» o, digamos, de «ergastula». Pero la propuesta de Gómez Moreno

no pasaba de esto, de ser una propuesta: «Las dos (habitaciones) colaterales, con puertas y miraderos de a tres arquillos hacia la iglesia... *quizás* no sirvieran de sacristías ni de enterramientos, sino más bien como «inclusae» o celdas, *pero no conozco ningún otro ejemplar que robustezca esta conjetura*» (1927, p. 60, el subrayado es mío). Aunque en 1966 repite esta teoría (entonces también para los «sobrados»), ya sin dudas, siguen sin ofrecer paralelos ni razones más positivas.

Es quizás éste el elemento de más difícil análisis por su falta de paralelo formal. Ello no quiere decir que no existan habitaciones laterales en las iglesias visigodas que venimos considerando y dentro de cuyo conjunto deban analizarse para llegar a conocer su exacto uso y más (a nuestro interés actual) para saber si tienen que ver entre sí o si se trata de espacios distintos en cada edificio. Formalmente, de entrada, parece lo segundo, pero no debemos pararnos en la primera impresión.

En Baños y en El Trampal existen a modo de ábsides laterales, ambos separados de su ábside central que es el incuestionable santuario. En El Trampal los he considerado sacristías y son arquitectónicamente ábsides abiertos, cerrados por cancelos igual que el ábside central y del que difieren (al menos el Norte) sólo por su menor tamaño y la forma de su mesa. En Baños parecen ser habitaciones arquitectónicamente cerradas, luego también sacristías. En Quintanilla hay dos habitaciones muy cerradas enfrentadas en los extremos del crucero. En Nazaré, habitaciones laterales a la nave, con entradas desde el crucero y desde Oeste.

Salvo en el caso de El Trampal, en que son ábsides abiertos, en los demás casos se trata de habitaciones más o menos cerradas, colocadas en diferentes sitios, no estrictamente (ni aún en Baños y en El Trampal) pegados al santuario. Entonces, ¿por qué no conjeturar una tendencia evolutiva de las sacristías desde la situación y forma de ábside a la de habitación con situación más distal?

Añadamos que debemos suponer la necesidad de las sacristías (aún con la excepción de las iglesias del grupo de Melque que no las tienen) y que éstas parecen estar acogiendo en este momento un abanico amplio de usos (Caballero, Propuesta, pp. 90-91) y así podemos considerar mejor su colocación desacralizada (diferenciada arquitectónicamente del ábside) y la ampliación de su superficie. Podemos además suponer (también pese a haber opinado yo lo contrario, Propuesta, p. 87, contradiciéndome con lo dicho en p. 91) que en estas sacristías se fuera independizando la función del capítulo (Caballero, Propuesta, p. 87).

Si conjeturáramos que la forma de los arquillos de la habitación trasera de Melque podía ser un eslabón entre la del Claustro y la de la fachada de la sala capitular medieval, quizás también las ventanillas de las habitaciones de La Nave nos recuerden las ventanas o las arcadas de estas fachadas medievales de las salas capitulares, por otra parte cerradas con puertas. Este elemento, pues, presenta más dudas que las anteriores, pero no dejan de existir propuestas y relaciones positivas, con un grado elevado de coherencia, para que también se puedan relacionar con elementos parecidos de iglesias coetáneas.

2.6. *Los dos «maestros» escultores.*

Una vez que hemos conjeturado la compatibilidad con un único edificio de la planta rectangular del crucero; de sus columnas exentas, impostas y arranques de arcos volados; de su fachada interior-lettner; de su aula de tres naves a sus pies; y de sus habitaciones delanteras, no tenemos más remedio que ver si entra dentro de nuestra conjetura, o si es contradictoria con ella, la presencia, evidente, de dos «maestros» escultores.

Psicológicamente quizás hallan sido estos dos «maestros» los que han forzado la teoría de las dos «fases» o dos iglesias. Parece más fácil comprender que a dos manos tan distintas deben pertenecer dos ideas radicalmente distintas de proyecto arquitectónico. Corzo, en contra de lo que el mismo dice, corona así la hipótesis de Gómez Moreno (como ampliaremos al final), a la que se opuso Camps.

Debemos observar, antes que nada, que La Nave no es la única iglesia que presenta dos maestros. Quintanilla también los presenta y por ello también se ha querido ver en ella el compendio de dos iglesias o al menos de dos épocas históricas distintas. Camps Cazorla ya tuvo que argumentar que, al menos constructivamente, la iglesia era una unidad (1963, p. 645). Hoy los datos documentales o la nueva lectura de los anagramas (Sepúlveda, 1986) sigue haciendo oscilar la iglesia entre de época visigoda o de Reconquista, pero como una unidad, no como dos etapas constructivas.

Quintanilla supone, además, otro posible paralelo (aparte de la semejanza que se quiera encontrar entre su maestro exterior y el llamado segundo de La Nave) y es la presencia de frisos superpuestos. Nos quedamos con la duda de si las fajas resaltadas interiores estaban previstas para ser decoradas, lo que (si es que se pensaba así) nos hubiera puesto en relación más estrecha aún con La Nave, y nos hubiera relacionado la función constructiva de las hiladas con su función decorativa.

Efectivamente, no tenemos por qué considerar etapas o cronologías distintas para cada elemento decorativo, cuando cada uno de ellos forma unidad estrecha e indisoluble con una función constructiva. Mal podíamos suponer, por ejemplo, el arranque de bóveda a la altura de la imposta del primer «maestro», o sea, a la misma altura que la bóveda del ábside. Este friso sigue orgánicamente la línea de imposta del arco del triunfo y de la bóveda del ábside. Ayuda a su vez a «partir» la altura de muros, relativamente de demasiada altura, sin decorar (sobre la tendencia a la proporción alargada en altura V. Caballero, Propuesta, p. 78). Las impostas de los arcos del crucero recogen la cabeza de las columnas y señalan el arranque de los arcos. A esa altura podría haber salido la bóveda de las naves si hubieran sido peraltadas o de pseudo-herradura (como en Melque) pero en este detalle se demuestra también un buen proyectista de arquitectura al proponer otro tercer nivel decorativo coherente con la función constructiva de sus bóvedas.

Visto así, nada repugna de nuevo la unidad de estos elementos. Dada la «necesidad» del friso inferior como continuación de la imposta del ábside, eran «necesarias» otras impostas en los arcos del crucero y en las bóvedas de las naves. Esta es una característica profundamente visigoda (Hoppe, 1985, p. 58).

Quizás a esta manera de señalar estéticamente (escultóricamente, pero también es posible que modular y espacialmente) la función constructiva, responda el «friso» no esculpado, colocado a la altura de los capitelillos de las ventanas de las habitaciones delanteras (Schlunk y Hauschild, lám. 129) y los frisos resaltados, no esculpidos, de Quintanilla (Id. láms. 146 y 147 c).

La forma de los capiteles es curiosa, troncopiramidal y sin exactos paralelos a lo que yo conozco (ni aún llegando a los geminados y figurados asturianos). Por eso llama aún más la atención que hagan juego las dos series de capiteles de La Nave, los del crucero con los del arco de triunfo del ábside. Puede ser un indicio de estricta coetaneidad y, ¿por qué no?, de que se están fabricando en el mismo «taller», con la misma intención.

Otro detalle más puede venir en nuestra ayuda. También resulta curioso que el tema principal de los capiteles del ábside, que Corzo denomina quizás impropriamente «arquillos» (Hoppe, 1985, pp. 56-57) se repita minúsculamente en los capiteles de Daniel y Abraham (Corzo, láms. 148, 149, 152 y 153), sencillos y dobles y con su verdadera función de hojillas.

Es evidente que estas relaciones entre el «primero» y el «segundo» maestro no quieren decir que sean la misma persona. Pienso que es más fácil conjeturar que ambos maestros responden a una misma intención, a un mismo encargo, incluso a que trabajan, ya esporádicamente o ya de un modo continuo (lógicamente no lo sabemos) en un mismo taller donde pudieron producirse las concomitancias observadas.

2.7. *Escultura y sillería. La descolocación del friso del «primer» maestro y las características de la talla de la sillería.*

También necesita explicación la deficiente colocación del friso del llamado «primer» maestro. Como en algún caso anterior, también aquí me parece plausible el descubrimiento de Corzo de que

estos sillares decorados están colocados por alguien que no sabía cómo tenían que ir dispuestos, aunque ello necesita de una confirmación más meticulosa.

Podríamos acudir de nuevo al paralelo de El Trampal en que la decoración de sus impostas-cimacios queda oculta en parte en el cuerpo del muro, demostrando bien a las claras que se trata de mármoles «prefabricados», no sujetos a unas medidas exactas, traídos de un taller que no tiene por qué trabajar a pie de obra o, simplemente, que no trabaja de acuerdo con los albañiles y canteros hasta ese punto, y que se ajustan a voluntad sobre la fábrica. Pero la técnica edilicia de El Trampal es radicalmente distinta a la perfecta sillería de La Nave y el paralelo se nos desfigura por aquí.

Ello no obstante, los cimacios del crucero de La Nave tienen esa misma intención que los El Trampal y con esta suposición se pueden intentar explicar las «incorrecciones» de las impostas occidentales en sus caras occidentales (Corzo, láms. 57 y 71).

Aunque parezca que nos salgamos del tema de la descolocación del «primer» friso, si suponemos que toda la escultura decorativa se ha tallado de modo independiente de la talla de la sillería, se pueden explicar las hiladas de regularización y las tallas «acodadas» o de asiento que aparecen en tantos casos y que es una característica del edificio. Y esto tanto para la producción del «primer» maestro (impostas de los pórticos, Corzo, láms. 82 y 85) como del «segundo» (cimacios del crucero, Corzo, láms. 71 y 95; ventanas del crucero, láms. 92 y 102), como incluso de elementos «constructivos» (crucero Norte, *op. cit.*, lám. 92; testero de la nave sobre arco de triunfo, lám. 93; ventanas, láms. 79, 81, 84, 106, 107; arcos de los pórticos, láms. 82 y 85...).

Efectivamente está mal colocado el friso «primer», pero no podemos deducir sólo de ello que existan dos etapas en la iglesia. Como sería incorrecto deducir, sólo de ello, que el taller de escultura no se encuentra a pie de obra, por ejemplo.

Lo único que se puede afirmar, y esto sí se debe señalar, es que se ha trabajado de tal modo que tanto elementos decorativos del «primer» maestro como del «segundo», como incluso elementos constructivos, han necesitado acoplarse a la sillería. Lo que quiere decir que se han tallado al margen unos de otros, bien por un problema de relación entre «talleres», bien (lo que me parece más plausible) por un problema de economía de trabajo. Ante este método de trabajo es más fácil comprender la «descolocación» del friso y resulta este hecho menos incongruente.

La sillería ha seguido su propio proceso de ordenación y tallado y a ella se han acoplado los elementos singulares arquitectónicos o escultóricos mediante el recurso de hiladas de regularización o de tallas de asiento en ángulo. Este es (de nuevo) un recurso absolutamente corriente tanto en la arquitectura antigua como moderna (Corzo, láms. 24 a 26), tanto en sillería lisa o decorada como en mamposterías concertadas o en sillarejo. Debemos pues acudir a él como solución más corriente, normal y sencilla que intentar deducir por su presencia la existencia de dos edificios visigodos.

Queda por tanto sin explicar la descolocación del friso «primer», pero esta falta de explicación no debe ir en contra de otras razones objetivas o no debe usarse a favor de una explicación que es extraordinaria y dudosa. Se trata de un problema de método. Pueden buscarse muchas explicaciones que no violentan la explicación más objetiva y más apoyada y por ello que debemos dar como más segura. Por ejemplo, podemos pensar que el taller de escultura no está exactamente a pie de obra, o que no está estrictamente coordinado con la cuadrilla de canteros y albañiles, o que existiera alguna incorrección en las medidas de los sillares decorados, o que el responsable del orden de su colocación, por la razón que fuera, no pudiese asumir esa responsabilidad. Por alguna de estas conjeturas o por cualesquiera otras podemos pensar que la obra siguió su curso, no se detuvo ni se transformó. Pero que dicha causa (realmente desconocida, ahora sí, por accidental) trastocó el orden de los sillares del friso. El trastoque no llegó a los capiteles e impostas del crucero, bien por que desapareció esa causa accidental; bien por que el número de estas otras piezas es mucho menor y su diferenciación mucho más fácil.

Es ahora también el momento de resaltar la unidad que manifiesta toda la sillería del edificio y que considero un argumento más a favor de su unidad. Así los ya citados enjarjes acodados e hiladas de regularización. Otro ejemplo son los sillares con forma de clave situados encima de las claves de arcos (pórtico Norte, *op. cit.*, láms. 48 y 82; ventanas del crucero, ojo, láms. 70, 92, 102, 112 y 113; arco de la nave Norte, lám. 92; de la Sur, lám. 97; arco de triunfo, láms. 93 y 99; puertas laterales del anteábside, láms. 93, 98, 110. Evidentemente todos por encima del primer friso, lógicamente por que van todos por encima de los arcos). Esta unidad hubiera sido muy difícil conseguirla de existir por medio una interrupción larga, con la presencia de una cuadrilla y un plan de obra distintos.

2.8. *La cuestión de los «sobrados» y las cubiertas de ábsides y pórticos.*

Otro tema es el de los sobrados o el de las cubiertas de los pórticos laterales y del ábside. No queda clara (o al menos no queda cerrada) la solución de Corzo en este tema para ninguna de sus «fases», aunque, como en algún caso anterior, también aquí estamos de acuerdo con parte de sus argumentos.

La dificultad son las ventanas de los testeros del crucero, dada su relación de altura con la máxima altura del trasdós de los arcos de los pórticos, lo que parece impedir la cubierta a dos aguas con el alero bajo y parece obligar a subir toda la cubierta a la altura de la de las naves del crucero. Para solucionar este problema Gómez Moreno y Ferrant supusieron que las cubiertas de pórtico y crucero iban a la misma altura y que las ventanas quedaban dentro de ella como huecos de acceso a un sobrado, igual que ocurre en el caso del ábside, aquí seguro ya que la sillería visigoda lo asegura con total certeza.

Según las secciones de sus reconstrucciones («primera» fase, plano XXV y «segunda» fase, XXXI), Corzo supone que los portales poseían menor altura que las naves de crucero, aunque de hecho no explica cómo se realizaba esto (pp. 149 y 175-176). No aclara en su «primera» fase la contradicción de que la lima de la cubierta del pórtico ataque a la ventana por encima de su umbral (plano XXV) y soluciona la «segunda» fase por la calle de enmedio, suponiendo que los portales quedaban a cielo abierto.

Creo, efectivamente, que los pórticos debían ir cubiertos a menor altura que las naves de crucero y mediante una sencilla solución, una cubierta a doble vertiente, sin tirantes, igual que la que hoy tiene, pero colocada más baja, con su hilera colocada inmediatamente encima de la ventana alta. La prueba está clara y es evidente.

En las fotografías anteriores a la intervención del arquitecto Ferrant es posible observar la altura de la sillería de la obra primitiva visigoda en esta zona (recogidas por Corzo, 36, 39, 49, 60 y 61), distinguiéndola de la mampostería perteneciente a la reforma, medieval o moderna, colocada por encima. La altura de la sillería en el pórtico es más bajo que en las naves, formándose, por tanto, un escalón entre ambos niveles.

Esta diferencia de altura, uniforme en las cuatro caras laterales de los pórticos, es un argumento positivo (sin necesidad de tener que acudir a ningún otro) a favor de la colocación de la cubierta de los portales visigodos a menor altura que la de sus naves de crucero.

La cubierta reformada en ese momento, antes del desmontaje de Ferrant, es de doble vertiente, yendo el caballete por el eje longitudinal de la iglesia y abarcando, cada una, hasta su pórtico correspondiente. Es el modo «económico» y tradicional de reducir el número de «aguas», típico en las reformas de estos edificios y que se usó también en San Pedro de La Mata y en El Trampal. En el caso de La Nave, con esta reforma se pasaría de dieciséis planos de cubiertas (por lo menos) a sólo cuatro (sin contar las de las habitaciones delanteras).

Para ello se tuvieron que conseguir unas líneas de alero laterales inclinadas (de línea de trazos en mi plano 4. Corzo, lám. 54) en los muros laterales de pórtico y crucero (con sus bóvedas ya hundidas), rellenando la diferencia de altura de los aleros horizontales visigodos y en

algún punto arruinando parte de esta obra si es que ya no lo estaba (Corzo, lám. 49), pero esto en muy poca medida. Así se rellenaron por la diagonal estos escalones después de desmontar el frontón de las fachadas, yendo a apoyar la nueva línea de alero frontal sobre la clave de la fachada o sobre su hilada inmediata (Corzo, láms. 38 y 48).

Durante la restauración de Ferrant se observa también esta diferencia de altura entre los aleros laterales de los pórticos y los de las naves, cuando ya se había montado la sillería visigoda, pero aún no se había sobremontado la sillería nueva que Ferrant puso encima (Corzo, láms. 72 y 73. Mateos y Esteban, lám. 33).

Considero una equivocación de Ferrant (¿quizás a instancias de Gómez Moreno?) el decidir colocar la cubierta del crucero y del pórtico a la misma altura, teniendo para ello que colocar sillería nueva sobre la línea de alero visigodo en los pórticos (y más cuando la reforma desmontada por él se había realizado con mampostería y por lo tanto era perfectamente distinguible), y sin conseguir una neta diferenciación entre la obra visigoda y la de su restauración dando con ello la impresión de que la segunda etapa es de reforma. Esta sensación viene reforzada por haber seguido Ferrant aquí un criterio distinto al seguido en otras partes donde sí se distingue perfectamente lo restaurado por él por los materiales empleados, especialmente en las bóvedas y en el cimborrio.

Pero aún después de las obras de reconstrucción se siguen distinguiendo perfectamente las dos alturas de alero visigodo (Corzo, láms. 19, 77, 78, 82, 85 y 87 a 89. Perfectamente en Camps, 1963, figs. 345 y 351 a 353, cuando la piedra nueva aún no se había patinado).

La cubierta visigoda, según pienso, permitiría la entrada a la iglesia de aire y luz aunque estuviera cerrada. El portal estaría siempre abierto y sólo tendría hojas de madera la segunda apertura, la propia de la iglesia. La luz reflejada pasaría a través de la ventana alta (por eso la diferencia de tamaño de ambas aperturas, V. mi fig. 4), proporcionando penumbra suficiente en el interior de la iglesia.

Volumétricamente se distinguiría el pórtico por su menor altura diferenciándose de las naves. Interiormente, en cambio, un espectador situado en el centro del edificio vería ventanas similares en cada dirección, tanto hacia el ábside como hacia Norte y Sur (¿quizás también hacia el Oeste como supuso Ferrant?, podemos conjeturarlo, pero no lo sabemos).

Sobre los apuntes de reconstrucción que ofrecemos (y en los que somos deudores de Corzo, calcando sobre sus secciones y alzado nuestra fig. 4) aparece otro problema, el de la inclinación de las cubiertas que, según lo que opino sobre el pórtico, piden ir más pinas de lo que Ferrant las colocó. Quizás el frontón del testero del ábside (Corzo, lám. 80) no sea el primitivo visigodo (aparte el problema, que tiene que ir relacionado con éste, de la utilización de lajas de piedra para la cubierta).

Sobre el ábside la solución es distinta a la de los portales. Como me ha hecho ver Pablo Latorre (a quien agradezco esta indicación y la discusión de otros puntos del texto), el modo lógico de estabilizar los empujes laterales de su bóveda es cargando los muros que la soportan, función que es muy plausible que se quisiera cumplieran los muros del «sobrado» superior. Su función, salvando todas las diferencias, es igual a la del pináculo sobre el arbotante gótico. Esto no es necesario en los portales, donde la cubierta es de madera.

Las soluciones son distintas, sirviendo cada una a una función, una utilidad y un efecto estético y programático. Exteriormente (aunque existiera una ligera diferencia entre los caballetes de ábside y anteábside) el ábside resaltaría sobre los portales por su mayor altura. Aparte queda saber (con razones convincentes) si, además, se le dio una utilidad de sobrado y cuál era ésta, al espacio resultante sobre el ábside.

2.9. *Los arcos peraltados sobre jambas resaltadas.*

A los curiosos arcos con las jambas resaltadas, ya analizados por Ponsich, aún se les puede buscar nuevas aproximaciones en línea con las explicaciones apuntadas por Gómez Moreno y

Camps (Gómez Moreno, 1966, p. 129; Camps, 1963, p. 602). El aspecto que hoy ofrecen estos arcos recuerda el que tuvo que dar el vano de acceso de la iglesia de Melque (Caballero y Latorre, 1980, lám. 26, plano 29), cuando quebró su dintel y se cayó el relleno del tímpano del arco de descarga: quedaría un arco peraltado sobre jambas resaltadas y con encajes en sus salmeres, correspondientes a las cabezas decapitadas del dintel. Arcos semejantes son los exteriores de las puertas del anteábside en Melque y los del aula y del crucero de El Trampal (la mayoría con dinteles partidos y algunos perdidos). Este paralelo evidente (pero que necesita más profundización en su estudio) reitera la unidad de estas iglesias y apoya la idea expuesta por Gómez Moreno y Camps (quienes, por cierto, se contradicen. El primero, 1966, p. 129, dice que «el dintel hubo de partirse *quedando sus huellas*». Camps, 1963, p. 615, que «*No hay, sin embargo, rastros de él en la construcción*», del dintel. Repito que no debe darse por cerrado el tema, recuerdese la teoría de Ponsich, comentada por mí, 1977-78, y que apuntó en su momento Camps en *loc. cit.*).

Quizás fue la calidad del material con que estaban hechos los dinteles lo que hizo que partieran; pero lamento desconocer cómo se rellenaban estos tímpanos de los arcos de descarga cuando el arquitecto Ferrant los desmonta (Corzo, láms. 45 y 53, crucero Norte, con el tímpano relleno antes de la intervención restauradora).

Por otra parte estos tímpanos rellenos y sus correspondientes dinteles son necesarios cuando las aperturas han de cerrarse con hojas de madera. Este puede ser otro argumento para la presencia de la ventana y su uso como fuente de luz y aireación en cada extremo del crucero. Esta reflexión debe aplicarse también a las puertas y ventanas de las habitaciones delanteras, dado que el aspecto de las primeras tenía que ser totalmente diferente al actual, con sus tímpanos rellenos y sus hojas de madera cerrándolas.

Termino señalando, a título de hipótesis, que estos tímpanos, entre el arco de descarga y el dintel, deben estar en línea de precedente respecto a los decorados tímpanos románicos.

2.10. *Los «contrafuertes de esquina».*

Frente al estudio que recensionamos, en que parecen encontrar respuesta todos los problemas, mi presunción deja abiertos algunos de ellos y abre otros nuevos.

Uno de estos problemas, para el que debemos esperar nuevos datos antes de resolverlo satisfactoriamente, es el de los «contrafuertes de esquina». La propuesta de Corzo (pp. 147-148, que al aferrarse a ella le condiciona la planta de su primera fase, plano XXVI) es que son restos de una planta cruciforme, centro o núcleo de la iglesia, que, al ser mal comprendida, dio lugar a las incorrecciones que supone en la iglesia y que ya tuvimos ocasión de rechazar en apartado anterior.

Es por ello y por congruencia con lo que vengo defendiendo que me planteo ahora hasta qué punto puede ser cierto que se intentara (y no se consiguiera) trazar una iglesia cruciforme en el núcleo de un hipotético primer edificio. Por ejemplo, podemos conjeturar que estos a modo de «contrafuertes» sean fósiles de una hipotética planta cruciforme pero correspondiente a una etapa anterior a la del trazado de nuestra iglesia. O sea, conjeturo que la distancia temporal entre un hipotético modelo cruciforme y el proyecto definitivo de La Nave es mucho más largo que la inmediatez propuesta por Corzo. Así ya de por sí se explicaría más fácilmente la gran diferencia entre el hipotético prototipo de Corzo y el edificio actual. Y todo ello si es que el prototipo remoto de La Nave fue una iglesia cruciforme como es su propuesta, lo cual falta realmente por demostrar (sigue siendo una hipótesis) ya que pudo muy bien ser otro modelo distinto, «contaminado» por otros prototipos.

De aquí no podríamos pasar, o sea de suponer dos hipótesis distintas, la «inmediata» de Corzo o la «remota» nuestra, evidentemente con la valoración subjetiva que cada cual quisiera hacer sobre la mayor o menor posibilidad de ambas.

Sin embargo, tenemos algún indicio sobre la posible evolución de proyectos en los que los «contrafuertes» serían fósiles de estadios anteriores. Corzo cita uno, el del ábside de Bande, al que nosotros unimos otro, Melque. Veámoslos.

Quizás el resalte que presentan los muros orientales del crucero de Melque, en su cara externa, respondan a la misma intención que en La Nave. En el caso de Melque (aparte de para reforzar el muro a modo de contrafuerte corrido) pudieron servir para resaltar la existencia de las puertas del crucero.

Quizás también (y esto es de mayor interés) la menor anchura del pórtico de Melque (igual en Bande, pero no en La Mata) respecto al ancho de su nave, provocando un escalón en planta, sea también un recurso parecido al de los contrafuertes de La Nave. La imposibilidad de resaltar de este modo pórticos y ábside en La Nave, quizás obligaron a su arquitecto a imaginarse esos falsos escalones que acusarán la diferencia inexistente. Tampoco de ser así necesitaríamos un prototipo cruciforme perdido, sino más bien tendríamos, de nuevo, un recurso inventado. Si inventado directamente por el arquitecto de La Nave o por otro anterior al que él imitaría, no lo sabemos, aunque las observaciones hechas nos pueden encaminar a lo segundo.

Vamos ahora a la cita de Bande. Considero como seguro que tanto los «contrafuertes» de La Nave, como el «resalte» de Melque, nada tienen que ver con la estrechez del ábside de Bande respecto a su nave. Como ya he repetido en varias ocasiones (por ejemplo, 1983, pp. 310-312; y 1984, pp. 583-585) el ábside de la actual iglesia de Bande es una reconstrucción de época de reconquista (como también ocurre en La Mata) y su ancho antiguo hubo de ser igual (muy probablemente) al de su nave, como en Melque. No puede, por lo tanto, darse Bande como un paralelo, ni para los «contrafuertes de esquina» ni para la menor anchura del ábside de La Nave.

2.11. *Otros temas.*

Queda por estudiar cómo se cubría el aula de pies, quizás de modo semejante a como lo hiciera El Trampal, con arquivoltas o vigas de madera, o bien con arcadas (pero entonces con un arranque demasiado alto, encima de los cimacios de los capiteles figurados, como supone Corzo para su segunda fase, plano XXX). En cualquier caso creo ver en las partes bajas de los pilares llegados a nosotros, restos de los primitivos en aquellos sillares que, aunque muy desgastados, tienen la buena talla que presentan los muros visigodos. Pero de ser éstos restos de los sillares antiguos, muy probablemente fueron movidos de su sitio relativo en la reforma (o reformas) anterior a la restauración de Ferrant.

Otros problemas son a mi parecer menores, como el del reloj inacabado o el de la huella de grapa o de gafa dejada a la vista en una ventana del crucero y que, lógicamente, estaría cubierta por mortero y rematada como es debido.

3. CONCLUSIÓN. ALGO SOBRE METODOLOGÍA.

Puede parecer que mi conjetura de un solo edificio visigodo es más sencilla que la tesis sostenida por Corzo de varios edificios consecutivos en el tiempo visigodo. Es al contrario. Suponer la unidad de lo que queda visigodo en el edificio llegado a nosotros significa un modelo mucho más complejo. La complejidad final no es consecuencia del proceso temporal, accidental y externo, sufrido por el edificio, sino de su propio proceso cultural, programático (V. Hoppe, 1987), métrico, arquitectónico, escultórico, constructivo, etc., ajeno a la mera decisión de realizar su materialidad, de construirlo.

Si aplicamos al estudio de un edificio un modelo de carácter tipológico (o modelos repetidos del mismo tipo) es evidente que descubriremos lo que de esa evolución, previa en el tiempo, halla asimilado la cultura que confeccionó el edificio. Ello puede llegar a desorientarnos pues cada elemento, descubierto aisladamente, de hecho puede corresponder a un nivel evolutivo (no estrictamente cronológico) distinto.

Efectivamente, Corzo inicia su estudio de la arquitectura de La Nave presentando un modelo análogo al que acabamos de definir (p. 73): «Si se añade a esta impresión» (la de que el edificio se ha

construido por «recursos de cantería (más que por conocimientos de arquitecto») la evidencia sobre cambios en el proyecto, intervención de estilos decorativos distintos y acumulación de reformas, añadidos y restauraciones, no parece conveniente insistir en una descripción general que acepte el edificio como unidad reintegrada, sino proceder a una enumeración de los componentes de cada sector de la iglesia, para analizar después la estructura de cada fase constructiva».

Por otra parte parece que debería haber bastado con el mero «análisis arqueológico», entendido en el sentido primario y sencillo con que, por ejemplo, lo considera Panovsky (p. 30). Yo también lo creo así y nuestro autor (al menos formalmente, p. 140) también. No quiero decir que con este análisis baste. Y el «caso» de La Nave puede ser aleccionador. Con el estudio de La Nave no cabe enfrentarse como en el estudio de Melque cuando yo lo hice, donde lo que faltaba era aumentar el «corpus» documental; ni como con el de La Mata, donde lo que se necesitaba era aplicar con corrección ese «análisis arqueológico» entendido a la italiana como lo intentan con éxito los arquitectos que allí se dedican a la arquitectura histórica (Parenti, 1985 y 1986; Frankovich; también Caballero, Método).

* * *

En La Nave atrae de inmediato un elemento perturbador que nos «fuerza» a proponer una hipótesis desorientadora. La hipótesis puede exponerse así: si en este edificio trabajan dos «maestros» escultores, de estilo tan diferente, lo cual es incuestionable, se puede suponer con bastante lógica, que cada uno pertenece a una arquitectura, a un momento constructivo distinto.

Releyendo con atención el breve trabajo pero enjundioso (y por otra parte tan magistral, como todo lo suyo) de Gómez Moreno de 1966 (pp. 128-131) se puede rastrear esta hipótesis de acuerdo al planteamiento que hemos expuesto: «El elemento decorativo en tan complicada iglesia es lo más sugestivo; ...échase de ver en lo decorativo que hubo sucesivamente dos maestros; ...baste acusar sus caracteres distintivos para comprobación de su dualismo; ...Absolutamente diverso es el estilo del segundo decorador, ...habilísimo escultor, ...y lo que es sorprendente, escenas...». Esta sería la base de partida, la observación sobre la que, con una frase, propone la hipótesis y la resuelve: «échase de ver *en lo decorativo* que hubo sucesivamente *dos maestros*; que *al segundo*, habilísimo escultor, *corresponden las columnas y abovedamiento del crucero...*». Para que quede más claro se convierte al escultor en arquitecto, aunque, quizás, sólo debamos ver en ello una intención retórica: «Sobrevino entonces el segundo maestro. Este agregó las columnas, no previstas, y volteó sobre ellas los cuatro arcos torales; ...habiendo antes alzado la pared occidental en la que abrió, en bajo, dos parejas de arcos; ...por fin... erigió bóvedas de cañón por todo el crucero...».

La hipótesis, como vemos, es la misma de la que parte Corzo, aunque éste, primero intenta distanciarse de Gómez Moreno (p. 143): «Dentro de su decoración se aprecia también la sucesión de los dos estilos, diferenciados ya en el primer estudio de Gómez Moreno; éste los adscribe a dos planes distintos, y así lo siguió manteniendo en sus últimas publicaciones, aunque no con la suficiente claridad, como para dejar sentado que existen dos proyectos diferentes...».

Sin embargo, su hipótesis parece la misma (p. 111): «Es unánime la distinción de dos estilos, que responden además a posiciones diferentes y a elementos de proporciones distintas. El primero, llamado así como más antiguo por aparecer en las zonas inferiores...».

Aunque completa la hipótesis con una segunda parte nueva. Se basa para ella en las irregularidades que cree percibir. La resume así: si existen en el edificio irregularidades constructivas, pueden deberse justamente a esos dos momentos decorativo-constructivos distintos. De ser así se demostraría una parte de la hipótesis con la otra y viceversa (p. 140): «La descripción sistemática del edificio... ha puesto ya de manifiesto las discordancias entre los distintos sectores y sistemas decorativos... de modo que permite dudar con sobrada base sobre la unidad de concepción y la aparente armonía que hoy conocemos. Parece más bien que... hay un complejo proceso de obras,

con errores, alteraciones y cambios de plan, intervención de diversos artistas y reparaciones y restauraciones; ...El objeto fundamental de esta tesis es la identificación y estudio de cada fase constructiva de modo que... puedan distinguirse los elementos correspondientes a cada período, que formarán al final varios edificios coherentes y distintos, con el vínculo común que les da el haberse superpuesto».

Como explica en su p. 171, el «problema fundamental» de la segunda fase es corregir el irregular crucero, lo que hacía necesaria la introducción de un elemento nuevo, las columnas decoradas. Su hipótesis se cierra, así, de acuerdo con lo propuesto por Gómez Moreno.

* * *

Si, al contrario, aplicamos al estudio del edificio un modelo de sistema (sin olvidar el modelo o los modelos enumerativos, necesarios en la primera etapa del trabajo, pero superables en las siguientes), descubriremos las redes de relaciones dinámicas existentes en él, la complejidad que forma esa unidad. Es más, nuestra conclusión reflejará «casi» obligatoriamente un sistema histórico complejo (paradójicamente sin tener por qué apoyarnos en la anécdota histórica) y no una sucesión lineal de eslabones y acontecimientos.

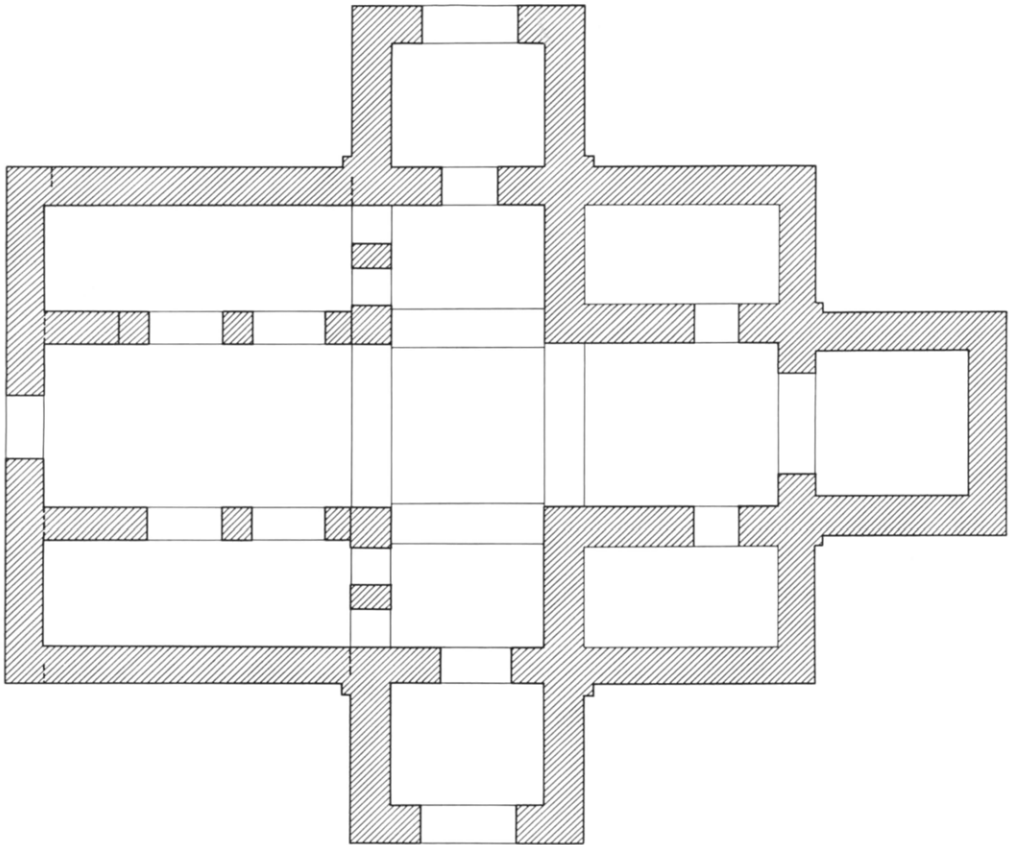
El sistema que creo conjeturar en La Nave está hablando de la existencia de un grupo de verdaderos especialistas enfrentados a un problema del que eran conscientes. Creo que debe rechazarse la idea de un cantero como director de la obra. Al contrario, me reafirmo en la idea de que es necesario suponer la existencia de núcleos creadores donde se recibieron, conservaron y transmitieron prototipos y donde se propusieron, analizaron y resolvieron propuestas nuevas (y nada sencillas) de programa iconográfico, estético y utilitario y consecuentemente de técnicas litúrgica, escultórica, arquitectónica y constructiva.

Saber cómo se ordenaban estas «escuelas», «talleres» o como queramos llamarlos, si en centros cerrados o en núcleos dispersos, más abiertos y móviles; o conocer la «velocidad» de transformación de los programas y consecuentemente de las técnicas para ponerlos en práctica, no es problema que intente hoy resolver y que, quizás, corresponda hacerlo mejor a otros. Yo me limito a exponer aquí la conclusión a que me conduce el modelo y la hipótesis que me propuse al principio.

BIBLIOGRAFIA

- BELL, G.: *The churches and Monasteries of the Tur Ábdin*, Londres, 1982.
- CABALLERO ZOREDA, L.: «La forma en herradura hasta el siglo VIII, y los arcos de herradura de la iglesia visigoda de Santa María de Melque» *AEArq.*, 50-51, 1977-78, pp. 323-374.
- «Un tipo cruciforme de iglesia visigoda: Melque, La Mata y Bande». *Papers in Iberian Archeology*, «BAR. International Series», 193, 1984, núm. 21, pp. 578-598.
 - «Arquitectura de culto cristiano y época visigoda en la Península Ibérica». *XXXIV Corso di Cultura sull'arte ravennate e bizantine*, Ravenna, 1987, p. 31 ss.
 - «Hacia una propuesta tipológica de los elementos de la arquitectura de culto cristiano de época visigoda (Nuevas iglesias de El Gatillo y El Trampal)». *Arqueología Medieval Española*, II Congreso, Madrid, 1987, I, pp. 61-98.
 - «El método arqueológico para la comprensión del edificio. Dualidad substrato arqueológico-estructura». *Curso de Mecánica y tecnología de los edificios antiguos*. Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid. Madrid, 1987, pp. 13-58.
 - «Pervivencia de elementos visigodos en la transición del mundo medieval. Planteamiento del tema». *III Congreso de Arqueología Medieval Española*, Oviedo, 1989, I, pp. 111-134.
 - «Santa Lucía del Trampal, Alcuéscar (Cáceres). Una nueva iglesia visigoda». *Información Cultural*. Ministerio de Cultura, 75, 1989, pp. 12-19.

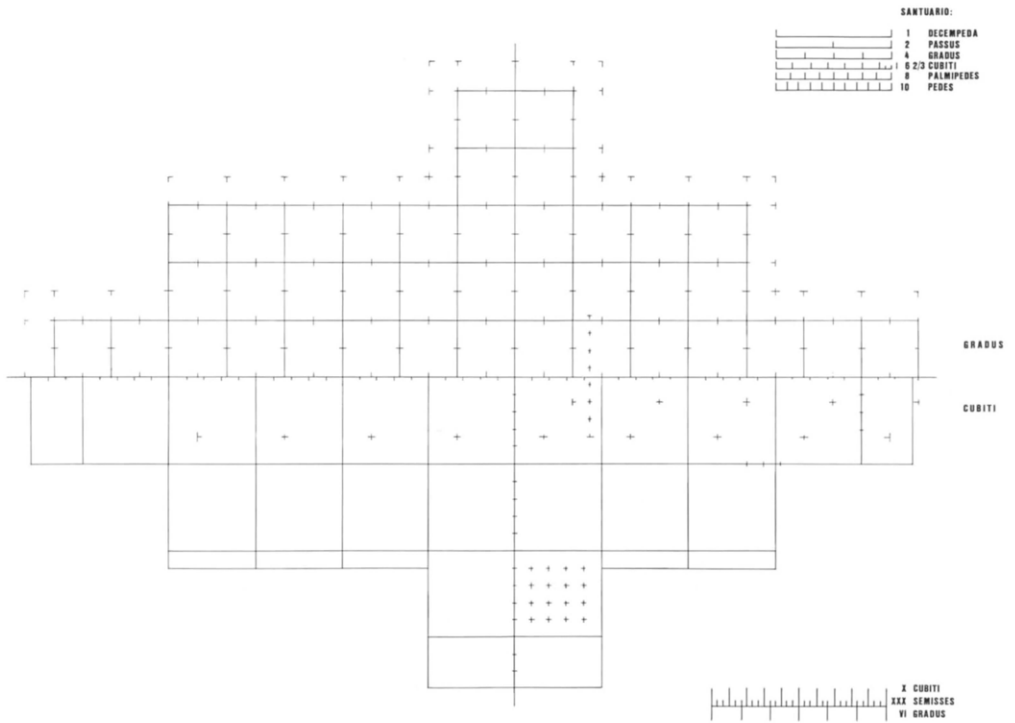
- CABALLERO ZOREDA L. y LATORRE MACARRÓN, J. I.: «La iglesia y el monasterio visigodo de Santa María de Melque (Toledo). Arqueología y arquitectura. S. Pedro de La Mata (Toledo) y Sta. Comba de Bande (Orense)». *EAE.*, 109, 1980.
- «Santa María de Melque y la arquitectura visigoda». *IX Simposium de Prehistoria i Arqueologia. II Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispànica*. Monserrat, Barcelona, 1983, pp. 303-331.
- CAMPS CÀZORLA, E.: «El visigotismo de San Pedro de La Nave», *BSEAA.*, 7, 1940-41, pp. 73-80.
- «El arte hispanovisigodo». En *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal. T.º III, Madrid, 1963. S. Pedro de La Nave, pp. 598 ss.
- CORZO, SÁNCHEZ, R.: «San Pedro de La Nave». *Estudio histórico y arqueológico de la iglesia visigoda*. Zamora, 1986.
- FRANCOVICH, R.: *Restauro architecttonico e archeologia stratigrafica contributi sul restauro archeologico*, Firenze, 1982, pp. 59 ss.
- GÓMEZ MORENO, M.: *Catálogo Monumental de España*. Provincia de Zamora, Madrid, 1927. San Pedro de La Nave, pp. 59-67 y láms. 6-20.
- «Primicias del arte cristiano español», *AEA*, 39, 1966, p. 101-139.
- HODDINOT: *Early byzantine churches in Macedonia and Southern Serbia*. Londres, 1963.
- HOPPE, J. M.: «Elements pour une étude de l'esthétique de l'époque visigothique». *Annales d'Histoire de l'Art et d'Archeologie*, 7, 1985.
- «L'église espagnole visigothique de San Pedro de La Nave (El Campillo, Zamora). Un programme iconographique de la fin du VIIe siècle». *AHAA*, 9, 1987, pp. 59 ss.
- JUAN NAVARRO E. y CENTELLES IZQUIERDO, F. X.: «Pla de Nadal (Riba-Roja de Turia, Camp de Turia; Valencia)». *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval*, 1985 (Huesca), Zaragoza, 1986, 8, pp. 25 ss.
- KURENT, T.: «The modular eurythmia of aediculae in Sempeter», *Catalogi e Monographiae*, 4, Ljubljana, 1970.
- *Cosmogram of the romanesque basilica at Stične*, Yugoslavia, Ljubljana, 1977/78.
- «La coordinación modular de las dimensiones arquitectónicas», *Bol. MAN.*, 3, 1985, pp. 69-95.
- MATEOS RODRÍGUEZ, M. A. y ESTEBAN RAMÍREZ, A. L.: *San Pedro de La Nave*, Zamora, 1980.
- PANOFSKY, E.: *El significado en las artes visuales*, Madrid, 1979. V. *La historia del arte como disciplina humanística*, pp. 29-36 e *Iconografía e iconología: introducción al estudio del Renacimiento*, pp. 45 ss.
- PARENTI, R.: «La lecture stratigrafica della mureture in contesti archeologici e di restuaro architettonico», *Restauro & Citta*, 1985, 2, pp. 55-68.
- «La torre B.», *Archeologia Medievale*, 1986, pp. 277-290.
- PONSICH, P.: «L'Architectura prerromane de Saint Michel de Cuxa et sa veritable signification», *Les cahiers de Saint Michel de Cuxá*, 2, 1971, pp. 17 ss.
- SEPÚLVEDA GONZÁLEZ, M. A.: «Los anagramas y el programa iconográfico de Quintanilla de Las Viñas: una hipótesis de interpretación», *España Medieval*, 5 (Estudios en memoria del profesor don Claudio Sánchez Albornoz, 2), Madrid, 1986, pp. 1217-1248.



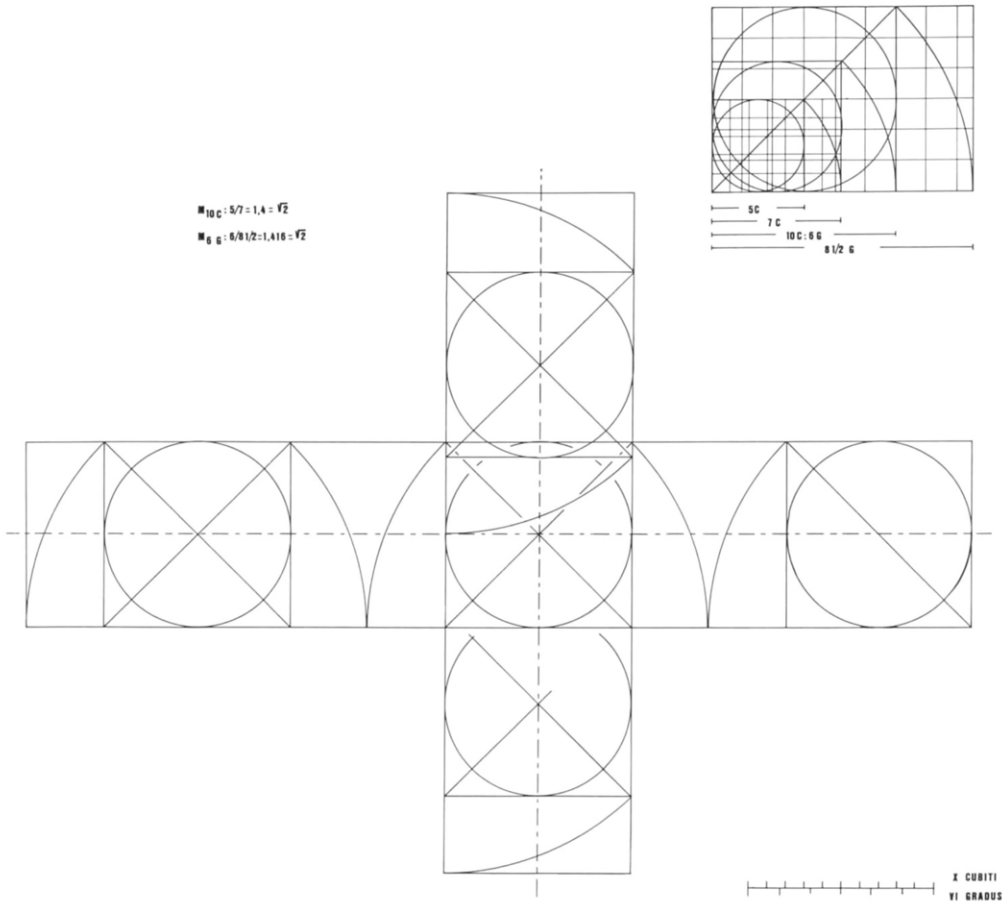
SAN PEDRO DE LA NAVE

0 1 2 3 4 5 m.

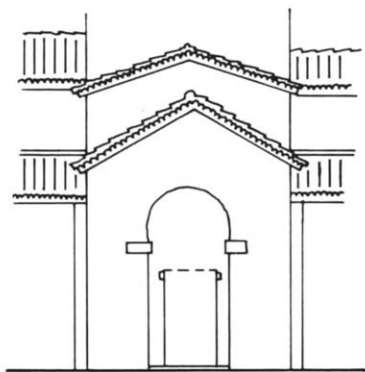
PLANO 1. *Planta de la iglesia de San Pedro de La Nave (Zamora). Escala 1/100. Según Caballero y Latorre.*



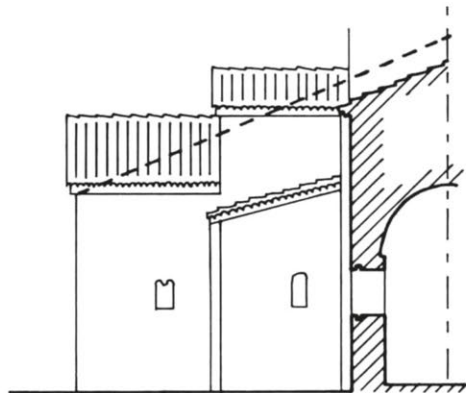
PLANO 2. Unidades de medida y distribución sobre la planta. San Pedro de La Nave. Escala 1/100.



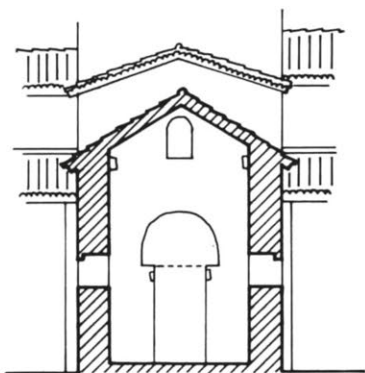
PLANO 3. Trazado base de la proporción $\sqrt{2}$ de la planta de San Pedro de La Nave. Escala 1/100.



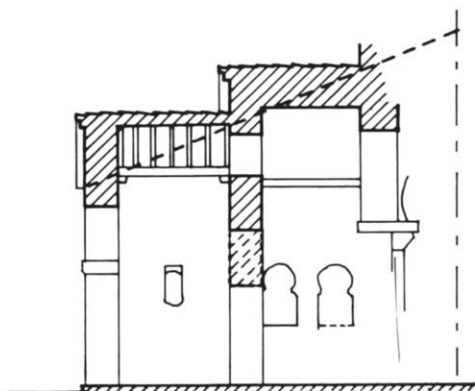
F.1 - SUR



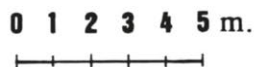
S.N



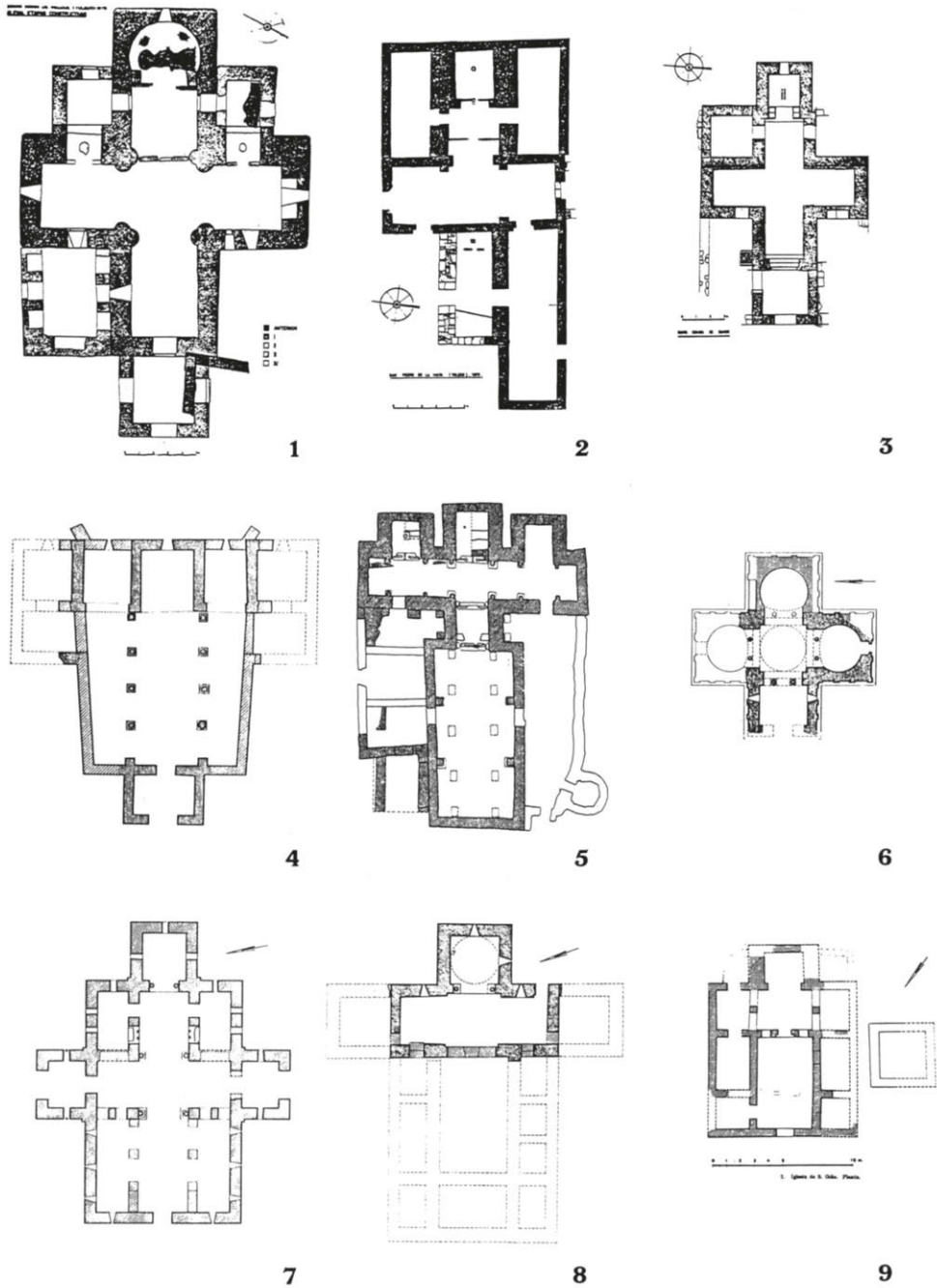
S.A



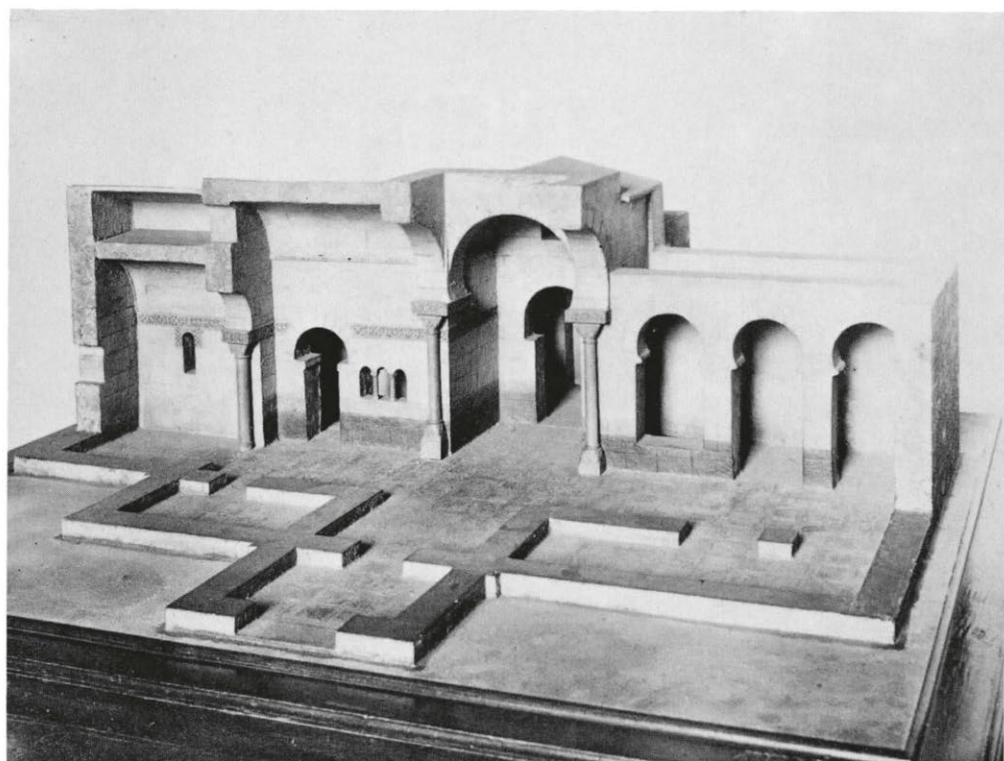
S.L



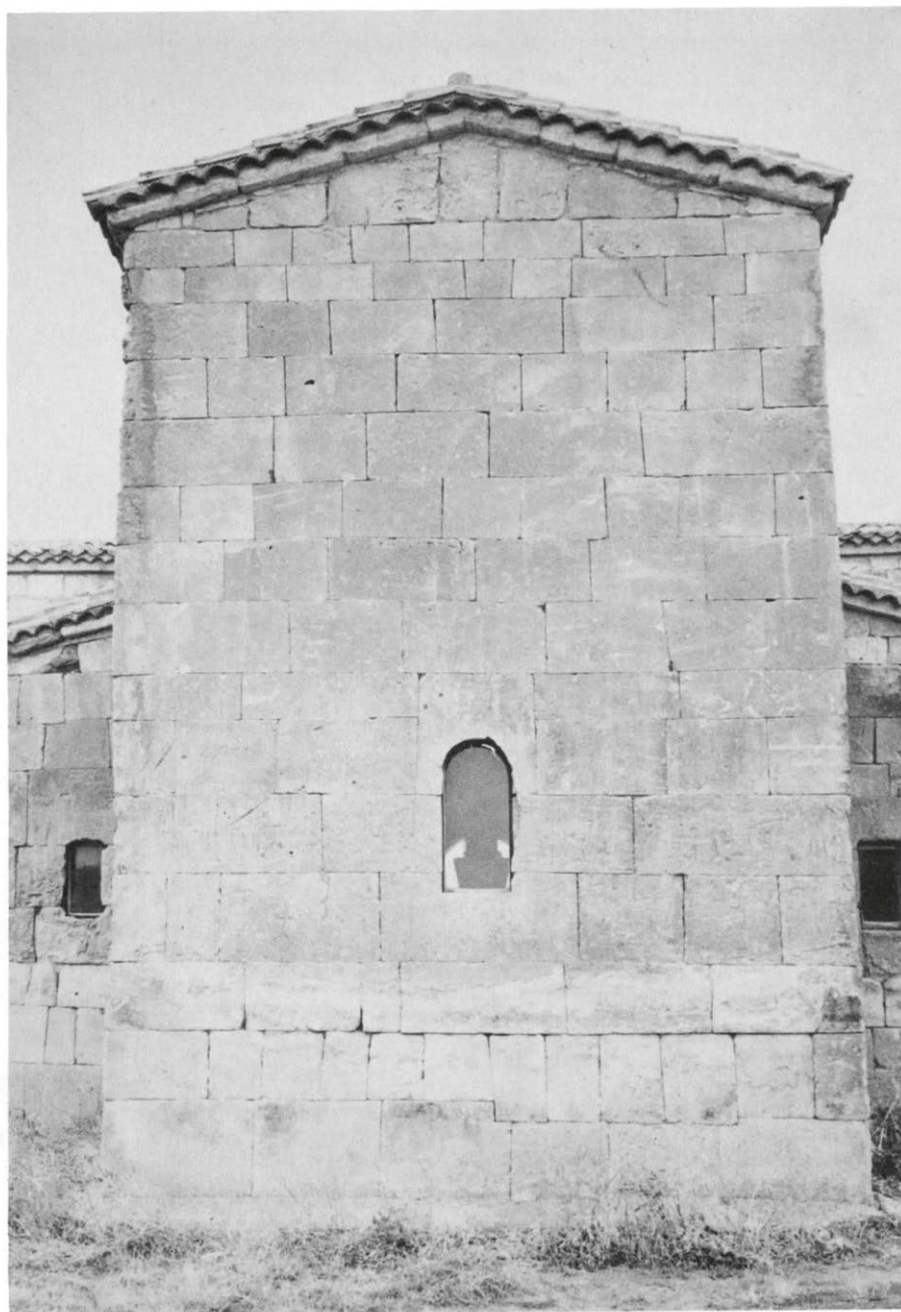
PLANO 4. Propuesta de reconstrucción de la cubierta de los portales laterales de San Pedro de La Nave, a menor altura que la del crucero. La línea de trazos corresponde al trazado aproximado de la cubierta en la reforma medieval o moderna, desmontada con la reconstrucción de Ferrant. Escala 1/200.



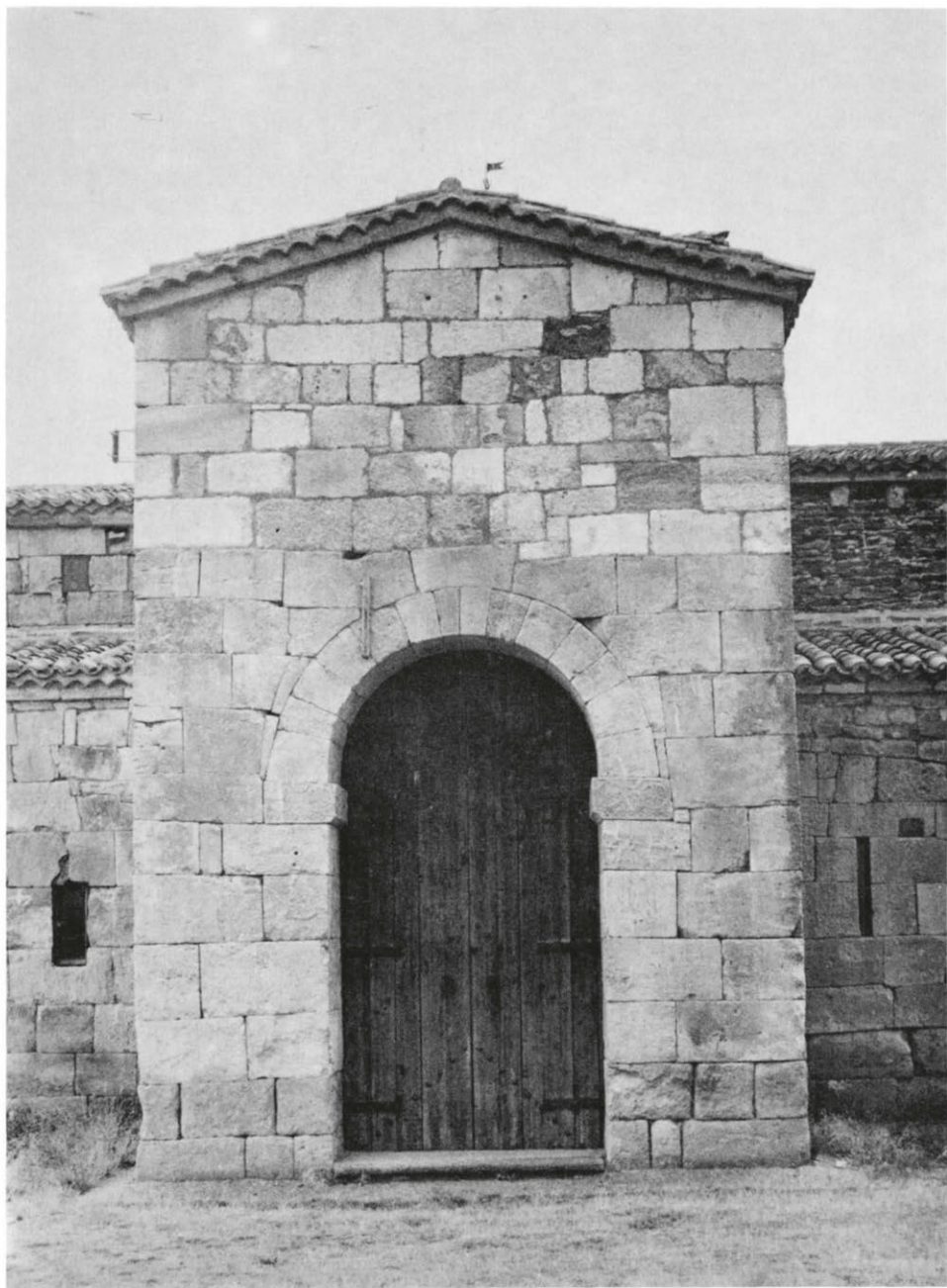
PLANO 5. Iglesias visigodas. 1y 2. Santa María de Melque y San Pedro de La Mata (Toledo); 3. Santa Comba de Bande (Orense); 4. San Juan de Baños (Palencia); 5. Santa Lucía de El Trampal (Cáceres); 6. São Fructuoso de Montelios (Portugal); 7. San Pedro de La Nave (Zamora); 8. Quintanilla de las Viñas (Burgos); 9. São Gião de Nazaré (Portugal). Escala 1/400. 1 a 3, según Caballero y Latorre; 5, según Caballero; las demás según Schlunk y Hauschild.



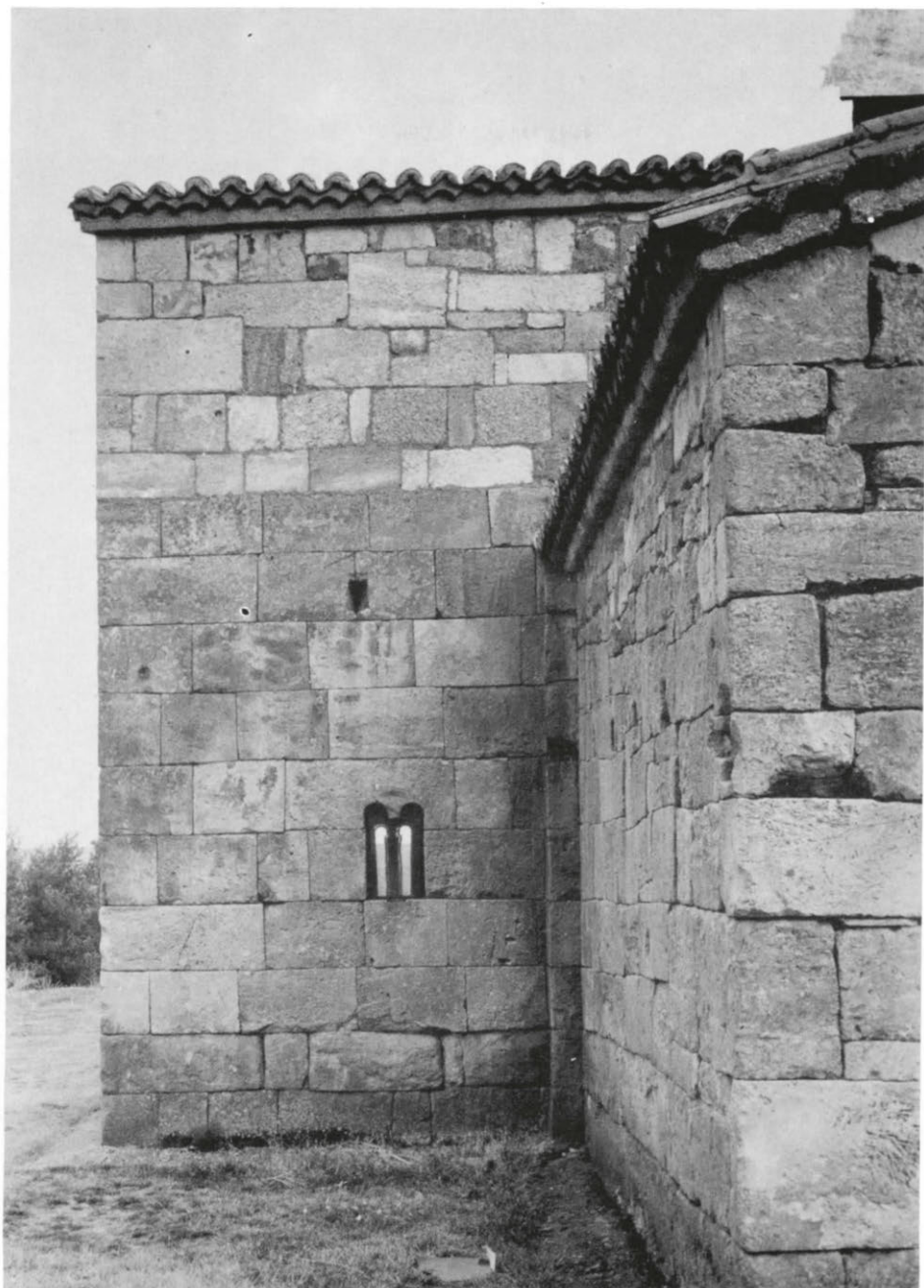
FOTOGRAFIA I. *Fotografía de una maqueta de S. Pedro de La Nave, hoy perdida, que estuvo expuesta en las salas del Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Refleja las ideas de Gómez Moreno, así el porche lateral sin cubierta y un muro bajo cerrando el paso del arco más oriental (neg. MAN).*



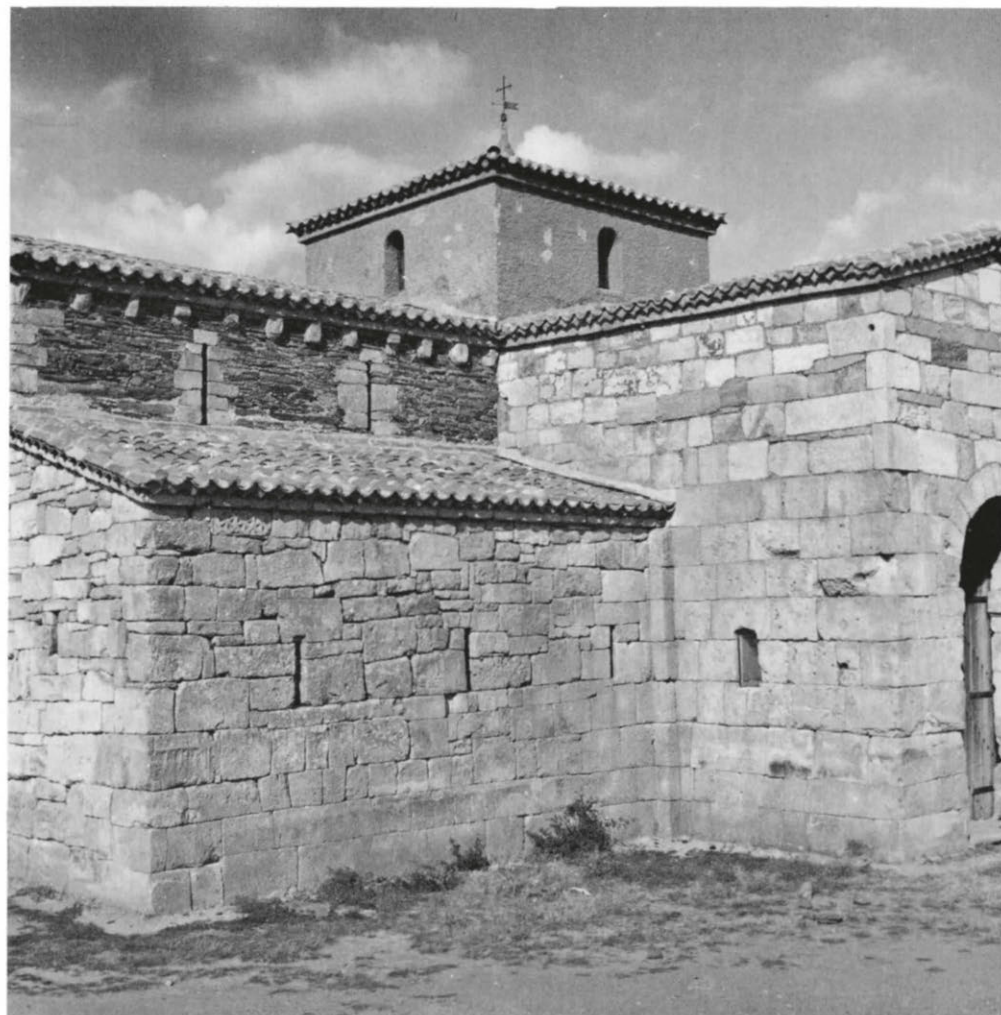
FOTOGRAFÍA 2. *Hastial del ábside, presentando uniformemente la técnica de sillería típica visigoda (neg. J. L. Latorre Macarrón, 1973).*



FOTOGRAFIA 3. *Vista del frente del pórtico Norte. Se observan las biladas superiores añadidas con la restauración de Ferrant (neg. J. I. Latorre Macarrón, 1973).*



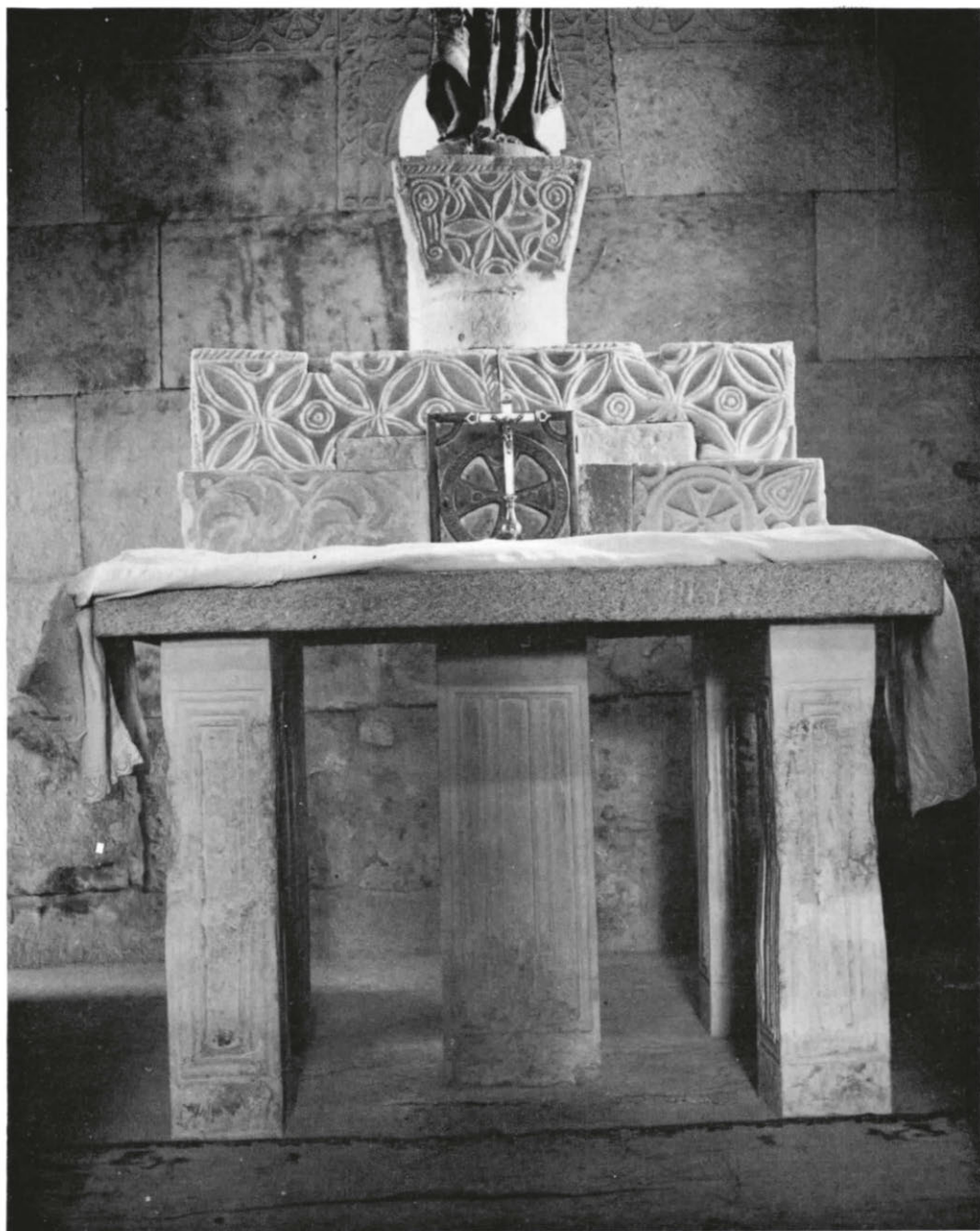
FOTOGRAFÍA 4. *Vista del lateral Oeste del pórtico Norte (neg. J. I. Latorre Macarrón, 1973).*



FOTOGRAFIA 5. *Vista general de la iglesia desde Suroeste. Se distinguen, igualmente, las biladas de restauración colocadas por Ferrant sobre el pórtico y la nave de crucero (neg. L. Caballero, 1971).*



FOTOGRAFIA 6. *Detalle de la imposta del arco en el pórtico Sur. (neg. L. Caballero, 1973).*



FOTOGRAFIA 7. *Detalle del altar con los fragmentos decorativos encontrados sueltos por Ferrant (neg. L. Caballero, 1971).*



FOTOGRAFÍA 8. *Arco triunfal y muro sobre él (neg. L. Caballero, 1971).*



FOTOGRAFIA 9. *Detalle del arranque Sur del arco de triunfo, desde el interior del santuario. Se observa el vuelo del arco sobre la verdadera jamba (neg. L. Caballero, 1971).*



FOTOGRAFIA 10. *Detalle del pilar Noroeste del crucero, distinguiéndose el vuelo del arco sobre la línea real de jamba (neg. L. Caballero, 1971).*



FOTOGRAFIA 11. *Esquina Sureste del crucero (neg. L. Caballero, 1971).*



FOTOGRAFIA 12. *Esquina Suroeste del crucero (neg. L. Caballero, 1971).*



FOTOGRAFÍAS 13 y 14. *Dos detalles de la iglesia de Santa Lucía del Trampal. (Alcuescar, Cáceres), presentando el vuelo de los arcos sobre sus líneas de jambas. Los fustes no son los visigodos, sino añadidos de época gótica (neg. L. Caballero, 1985).*



INDICE

PREHISTORIA

PONENCIAS

LUIS BENITO DEL REY: <i>El Paleolítico inferior en la provincia de Zamora</i>	11
GERMÁN DELIBES DE CASTRO, JESÚS DEL VAL RECIO: <i>Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce</i>	53
ANGEL ESPARZA ARROYO: <i>La Edad del Hierro en Zamora</i>	101
JORGE JUAN FERNÁNDEZ, HORTENSIA LARRÉN: <i>Historia de la investigación arqueológica en la provincia de Zamora. Situación actual</i>	127

COMUNICACIONES

JOSÉ IGNACIO MARTÍN BENITO: <i>El achelense en los valles norteños del Duero zamorano</i> ..	155
ANGEL PALOMINO LÁZARO: <i>Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora</i>	173
J. A. RODRÍGUEZ MARCOS, J. DEL VAL RECIO: <i>Nuevos datos para la interpretación de los «Hoyos» Cogotas I. Un silo de Barcial de Barco</i>	201
CONSUELO ESCRIBANO VELASCO: <i>Contribución al estudio de la Edad del Hierro en el noroeste de Zamora: «El Castillo», Manzanal de Abajo</i>	211
JULIÁN SANTOS VILLASEÑOR: <i>Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, con cerámicas pintadas, en La Aldehuela (Zamora)</i>	225
JORGE SANTIAGO PARDO: <i>Un nuevo castro con acumulación de defensas en el Noroeste zamorano: Sejas de Sanabria</i>	241
ARTURO BALADO, ZOA ESCUDERO: <i>Piezas sobre asta de época celtibérica en la provincia de Zamora</i>	247
FRANCISCO JAVIER SANZ GARCÍA, JULIÁN SANTOS VILLASEÑOR: <i>Cajas celtibéricas de la provincia de Zamora</i>	255

HISTORIA ANTIGUA

PONENCIAS

ANTONINO GONZÁLEZ BLANCO: <i>La cristianización de Zamora</i>	267
JOSÉ MARÍA SOLANA SAINZ: <i>Caucenses, amallobrigenses y sus primeros contactos con los romanos</i>	301
LUIS CABALLERO ZOREDA: <i>Una conjetura sobre la iglesia visigoda de San Pedro de la Nave (prov. de Zamora)</i>	317

COLABORACIONES

J. M. BLÁZQUEZ: <i>Mosaicos romanos de Zamora. Sta. Cristina de la Polvorosa. Los Talleres. Gusto artístico</i>	359
PABLO C. DÍAZ MARTÍNEZ: <i>El territorio de la actual provincia de Zamora en el contexto de la antigüedad tardía (siglos IV-VI)</i>	369
JOSÉ MARÍA BRAGADO TORANZO: <i>Aproximación al estudio de la red viaria romana en la provincia de Zamora</i>	379

COMUNICACIONES

JAIME DIEZ ASENSIO: <i>Problemática en torno a toponimia prerromana en la provincia de Zamora</i>	411
MANUEL SALINAS DE FRÍAS: <i>El colectivismo agrario de los vacceos: Una revisión crítica</i>	429
AURORA M. GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA: <i>Consideraciones en torno a la economía vaccea. Evolución de la misma</i>	437
M.ª DEL ROSARIO PÉREZ CENTENO: <i>El poblamiento romano en Zamora durante el siglo III d.C.</i>	445
LUIS A. GARCÍA MORENO: <i>Zamora del dominio imperial romano al visigodo. Cuestiones de Historia militar y geopolítica</i>	455
JESÚS CELIS SÁNCHEZ: <i>Apuntes para el estudio de la secuencia ocupacional de «La dehesa de Morales», Fuentes de Ropel, Zamora</i>	467
CARMEN GONZÁLEZ SERRANO: <i>Avance de la excavación realizada en el «Pago del Alba». Villalazán (Zamora)</i>	497
SANTIAGO CARRETERO VAQUERO: <i>Dos necrópolis tardorromanas en la provincia de Zamora: «Las Cañamonas» y San Miguel del Valle</i>	515
VIDAL AGUADO SEISDEDOS: <i>Comentarios sobre la red viaria zamorana en la región de Benavente</i>	525
JOSÉ A. ABÁSULO: <i>Comentario a la lectura del miliario de Milles de la Polvorosa</i>	539
J. A. ABÁSULO, R. GARCÍA ROZAS: <i>Sobre las estelas zamoranas y su ornamentación</i>	545
M.ª CRISTINA LIÓN BUSTILLO: <i>Aspectos decorativos y onomásticos de las estelas funerarias del occidente de Zamora</i>	561
ALEJANDRO BERMÚDEZ MEDEL, LUIS CARLOS JUAN TOVAR: <i>Talleres cerámicos de época romana en la provincia de Zamora</i>	571
ROSA GIMENO GARCÍA LOMAS: <i>El alfar romano de Melgar de Tera</i>	587

DAVID PRADALES CIPRÉS: <i>Nuevos datos para el comercio de los alfares riojanos de época romana en la provincia de Zamora</i>	611
JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RODRÍGUEZ, FERNANDO REGUERAS GRANDE: <i>Sigillatas en relieve y estampadas de Villanueva de Azoague (Zamora)</i>	623
R. GARCÍA ROZAS: <i>Dos cabezas de época romana en el Museo de Zamora</i>	629
FERNANDO REGUERAS GRANDE: <i>Los mosaicos de la villa romana de Requejo (Santa Cristina de la Polvorosa)</i>	637
FERNANDO REGUERAS GRANDE: <i>Restos de pinturas romanas en la provincia de Zamora</i> ...	697
LUIS SAGREDO, ALBERTO CAMPANO: <i>Tesorillo alto-imperial de la zona de Sanabria</i>	721
CARLOS SANZ MÍNGUEZ, ALBERTO CAMPANO LORENZO, J. ANTONIO RODRÍGUEZ MARCOS: <i>Nuevos datos sobre la dispersión de la variscita en la Meseta Norte: Las explotaciones de época romana</i>	747

APÉNDICE

Figuras de los artículos de Fernando Regueras Grande, referentes a los mosaicos de la villa romana de Requejo (Santa Cristina de la Polvorosa), y los restos de pinturas romanas en la provincia de Zamora.

ACTAS

ACTAS

ACTAS

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIAN DE OCAMPO"
CSIC
DIPUTACION DE ZAMORA